



**Libro al Viento**

---

**COLECCIÓN INICIAL / CAPITAL**

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.  
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

## ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández

Alcaldesa Mayor de Bogotá

## SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Catalina Valencia Tobón

Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

## INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Carlos Mauricio Galeano Vargas

Director General

Maira Salamanca Rocha

Subdirectora de las Artes

Hanna Paola Cuenca Hernández

Subdirectora de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén

Subdirectora de Formación Artística

Adriana María Cruz Rivera

Subdirectora Administrativa y Financiera

Carlos Alberto Ramírez Pérez

Gerente de Literatura

Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz

Roa, Andrea Mojica Molina, María Camila

Jaramillo Laverde, María Eugenia Montes

Zuluaga, Yenny Mireya Benavidez Martínez,

Wilmar Molina Vargas, Massiel García Lugo,

Natalia López Mazo, Yalila Pérez.

Equipo del Área de Literatura

## CÁMARA COLOMBIANA DEL LIBRO

Emiro Aristizábal Álvarez

Presidente Ejecutivo

Andrés Sarmiento Villamizar

Gerente de Ferias

Primera edición (en Libro al Viento)

Bogotá, agosto de 2022

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Jairo Buitrago, Adriana Carreño, Francisco Montaña, Catalina Navas, Eduardo Otálora, Celso Román, por los textos

© Lorena Bayona, Leonardo Gómez, Juan Camilo Mayorga, Gabriela Otálora, Natalia Rojas, Claudia Rueda, por las ilustraciones

© Fredy Ordóñez, por la presentación

Camila Cardeñoso, diseño de la colección *Bastarda Type* y Camila Cardeñoso, diseño de la tipografía Obispo

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación

Fredy Ordóñez, edición

Gabriela Otálora, imagen de cubierta

Fotografías de los autores e ilustradores:

Jairo Buitrago (**Adriana Benítez**), Adriana

Carreño (**autor**), Francisco Montaña (**au-**

**tor**), Catalina Navas (**Camilo Rozo**), Eduardo

Otálora (**autor**), Celso Román (**Yosefin**

**Escobar**), Lorena Bayona (**autor**), Leonardo

Gómez (**autor**), Juan Camilo Mayorga (**autor**),

Gabriela Otálora (**autor**), Natalia Rojas (**autor**),

Claudia Rueda (**autor**).

ISBN: 978-628-7531-43-7

## GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 n.º 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: 3795750

[www.idartes.gov.co](http://www.idartes.gov.co)

[contactenos@idartes.gov.co](mailto:contactenos@idartes.gov.co)

 @LibroAlViento  @LibroAlViento

BOGOTÁ

CONTADA

PARA NIÑAS Y NIÑOS



7

QUÉ ES LA NATURALEZA, CÓMO ENCONTRARLA,  
QUIÉNES SOMOS

Presentación

17

CUADERNO DE ANIMALES

Jairo Buitrago

Ilustraciones de Claudia Rueda

39

CRECER COMO UN URAPÁN

Adriana Carreño

Ilustraciones de Natalia Rojas

59

CARTAS VERDES

Francisco Montaña

Ilustraciones de Leonardo Gómez

83

TODOS LOS RUIDOS SON PUMAS

Catalina Navas

Ilustraciones de Juan Camilo Mayorga

707

## MI MUNDO EN UN PARQUE

Eduardo Otálora

Ilustraciones de Gabriela Otálora

725

## EL LARGO VIAJE DEL COPETÓN

Celso Román

Ilustraciones de Lorena Bayona

752

## LOS AUTORES

758

## LOS ILUSTRADORES

---

Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del  
Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita  
a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

# QUÉ ES LA NATURALEZA, CÓMO ENCONTRARLA, QUIÉNES SOMOS

Presentación

*Naturaleza: [...] 2. Conjunto de todo lo que existe y que está determinado y armonizado en sus propias leyes.*

*Diccionario de la lengua española (2021)*

BOGOTÁ, ANTES DE SER BOGOTÁ, DESDE SIEMPRE y hasta hace poco más de 12 000 años era naturaleza: nubes informes, animales rondando o volando o medrando por ahí, árboles cuyos troncos se alzaban hacia el cielo y cuyas ramas temblaban dialogando con el viento o arrojando sus flores y sus frutos al aire. Pasaron unos grupos nómadas por acá, y se fueron; luego se asentaron unos poblados indígenas, especialmente los muiscas hace más de diez siglos; y luego, alrededor de cinco siglos atrás, Gonzalo Jiménez de Quesada pisó este punto en mitad de la naturaleza, y fundó una ciudad. Y aquí

estamos, tratando de descifrar dónde estamos nosotros y dónde queda la naturaleza, qué es y quiénes somos.

Movidos por estas preguntas, quisimos hacer una edición especial de Libro al Viento que combinara dos colecciones: la inicial (por eso el color verde) y la capital (por eso el título). ¿Por qué? Suponemos que hay muchas razones: nunca sobra indagar el sentido que tiene la naturaleza para nosotros, y recordar que somos parte de esta, pese a nuestra propensión a considerarnos el pináculo de todo lo existente. Sin embargo, ahí están las plantas, los animales, el paisaje mismo, de los que dependemos, siendo como somos apenas una partícula en ese complejo entramado de transformaciones en constante movimiento. Quisimos entonces hacer partícipes —a las niñas, los niños y los jóvenes— de estas reflexiones y preguntas, e instarlos a dirigir su atención a eso que los rodea, los nutre y los embelesa, estimular su curiosidad y, de paso, la de nosotros, las madres, los padres, los profesores y todos aquellos que los acompañamos a hacer estas lecturas.

Los textos a continuación (cuentos, recuentos autobiográficos, breves crónicas), entonces, orbitan alrededor de las muy distintas nociones que tenemos sobre la naturaleza. Para comenzar, esta puede ser, por ejemplo, el compendio de animales que guardamos en la memoria, como parece decirnos, al oído, Jairo Buitrago en “Cuaderno de animales”, ilustrado con

maestría por Claudia Rueda. O también es —la naturaleza— una imparable máquina de cambios, con respecto a la cual resulta imposible sentirnos ajenos (“Mi familia se mudó de casa en casa como nómadas al ritmo de la ciudad que crecía y crecía; las mirlas agresivas desplazaron a los copetones, las mariquitas y los cucarrones voladores no regresaron, las abejas y los abejorros se hicieron menos frecuentes, la vida cambiaba para todos”).

La naturaleza, asimismo, puede ser silenciosa y paciente, es la paciencia misma, y se despliega lenta para que extraigamos sus historias, como la de “Crecer como un urapán” (escrito por Adriana Carreño e ilustrado hábilmente por Natalia Rojas): una niña de ocho años le pregunta a su abuelo por el origen de los urapanes (“Urapán es el nombre de un gigante. La palabra tiene el sonido de una piedra enorme que se lanza a un pozo de agua profundo”) y, a partir de aquí, surge una historia tras otra, hasta que la niña se pregunta si quiere crecer y crecer (y ser un día tan grande y sabia) o si es preferible no crecer tanto y poder seguir haciéndole todas las preguntas a su abuelo. Puede ocurrir entonces que el lector concluya que de eso se trata: de hacer preguntas y, como le pasa a una niña de tres o de ocho años, de nunca dejar de hacerlas.

Felipe, el protagonista de “Las cartas verdes” (el cuento de Francisco Montaña), está dejando de ser niño, o lo sigue

siendo aún, o existe una parte de él que nunca dejará de serlo, en fin, está averiguando quién es y además lo persigue un enjambre furioso de preguntas. Parece que la naturaleza, que ha cobrado la magnífica forma de una montaña, puede tener alguna de las respuestas que busca. Y si en la montaña no hay respuesta a sus preguntas, hay caminos, hay refugios o, quizás, ese lugar para que él mismo las encuentre dentro de sí, lo que quizás resulte más importante, como parecen sugerir las ilustraciones de Leonardo Gómez que acompañan el texto y que saben retratar con sutileza las muchas dudas y vacilaciones y angustias de Felipe.

En “Todos los ruidos son pumas”, de Catalina Navas, un niño debe hacer una tarea. Se le ha escapado la semana, y no la ha hecho, y no sabe ni cómo hacerla ni tampoco cómo dejar de pensar en que tiene que hacerla. Alerta a todas las señales que le ayuden a cumplir esta obligación (o abandonarla) y dispuesto a emprender cualquier travesía, Andrés Felipe —el héroe de nuestra historia— resulta un guía ejemplar para que conozcamos Sumapaz (“En agosto Sumapaz está florecido: hay flores moradas y blancas más grandes que mi mano”) y un personaje entrañable (como saben retratarlo las ilustraciones de Juan Camilo Mayorga), curioso y observador, atento a sus animales, sus frailejones, sus estrellas.

Aunque la naturaleza sea todo, y nosotros mismos seamos parte de ella, a veces es necesario ir a buscarla y, sin que seamos del todo conscientes, descubrirla en los espacios que la ciudad, al menos una tan voraz como Bogotá, le deja. Los parques. Pequeños o grandes, con árboles o sin ellos, con canchas estropeadas o no, vamos a los parques como atraídos por el llamado de lo salvaje, aunque la naturaleza haya sido ahí programáticamente domesticada. No importa: el aire discurre más libremente, las sombras se mueven, la luz muestra todos sus colores y, gracias a la combustión de estos elementos, se puede encontrar el mundo entero, como insinúa Eduardo Otálora en “Mi mundo en un parque”, texto en el que aprovecha y hace un repaso de todos los parques de su vida, aquellos que lo han marcado y lo marcan. Lo marcan, porque no solo ha encontrado ahí un mundo, sino también su propio silencio —uno similar del que se sirve la naturaleza para expandirse—, uno que le ha permitido elaborar y hacer crecer sus propias historias. Esta vez las ilustraciones, imaginativas y poderosas, estuvieron a cargo de Gabriela Otálora.

Celso Román, con su cuento “El largo viaje del copetón”, y Lorena Bayona, quien lo ilustró, parecen querer recordarnos los dramas secretos que nos esconde la naturaleza si no ponemos en juego nuestra imaginación. Esta vez, un viento

hace que un copetón, imprevistamente, se separe de su pareja: “El viento se lo llevó muy, muy lejos, hasta las altas montañas, al reino de los helados páramos”. Este pájaro, asistido por la generosidad de muchos otros seres, busca reencontrarse con su pareja. ¿Lo logrará? Mientras lo descubrimos, conocemos torcazas, colibríes, barbuditos de páramo, águilas reales, viajamos hasta los cerros, pasamos por un humedal, visitamos un bosque andino, identificamos quiches, orquídeas, frailejones y, en fin, vemos abrirse ante nosotros una diversidad natural que, sospechamos, no se acaba nunca, si somos capaces de mirar con suficiente atención.

Siempre estamos a la búsqueda de algo y muchas veces lo que perseguimos es la naturaleza misma —esa inmensidad—, de la que somos parte. Nos buscamos a nosotros mismos *en* la naturaleza. El escritor naturalista John Muir hace más de un siglo escribió: “Miles de personas cansadas, con los nervios destrozados e hipercivilizadas están empezando a descubrir que ir a la montaña es como ir a casa; que el contacto con la naturaleza es una necesidad; y que los parques y reservas naturales son útiles no solo como fuentes de leña y de agua para regar, sino también como fuentes de vida”. Pero esto lo saben muy bien los niños, que se sorprenden ante cada nuevo animal que conocen y que no pierden

oportunidad para treparse a un árbol, descubrir colores en una flor o pisar la orilla de un río. Este libro que van a comenzar a leer nos lo recuerda.

**Fredy Ordóñez**

Editor de Libro al Viento



# BOGOTÁ CONTADA

PARA NIÑAS Y NIÑOS

Jairo Buitrago / Claudia Rueda

Adriana Carreño / Natalia Rojas

Francisco Montaña / Leonardo Gómez

Catalina Navas / Juan Camilo Mayorga

Eduardo Otálora / Gabriela Otálora

Celso Román / Lorena Bayona



# CUADERNO DE ANIMALES

Jairo Buitrago

Ilustraciones de Claudia Rueda

CUANDO ERA NIÑO TENÍA UN CUADERNO DE ANIMALES. Los dibujaba, los coloreaba, anotaba los nombres para que no se me olvidaran, pegaba estampitas de animales que salían en unas chokolatinas, recortaba los libros de biología de mis hermanos mayores.

Fue con el tiempo que descubrí que en la ciudad donde vivía, tan fría y lluviosa, también podía encontrar animales y bichitos increíbles, como los que yo veía en los pueblos lejanos de tierra caliente donde pasaba las vacaciones. Pero eran animales más tímidos, tal vez se escondían mejor porque la ciudad era grande y ruidosa.

En el jardín de mi casa, levantaba piedras o troncos y me encontraba con toda una ciudad en miniatura, con lombrices, “marranitos” o cochinillas, ciempiés, arañas de patas largas y babosas. Encendía la luz solitaria del único bombillo del porche de la casa, para ver cómo revoloteaban las polillas, pero

mi mamá se enojaba porque me decía que esos bichos eran una plaga y se comían los libros y las medias.

Mi hermano mayor me hizo perder el miedo a los batracios. Me dijo que metiera la mano en un charco repleto de renacuajos, luego sentí cómo decenas de seres babosos me rodeaban, rozaban mi piel y al final se quedaban algunos sobre mi palma retorciéndose cuando sacaba mi mano del agua. Luego más tarde, encerrado en mi cuarto, los dibujaba en el cuaderno.

Encontraba las pieles que habían mudado las pequeñas serpientes de tierra fría o las plumas de los copetones y las guardaba entre sus hojas de papel grueso.

Las libélulas disecadas por el sol y el tiempo también las guardaba en el cuaderno.

Las cáscaras de los huevos miniaturas de los pájaros que encontraba al lado de los árboles del jardín, las mariposas de colores, los insectos que amanecían muertos en las ventanas y todos los bichitos que encontraba acurrucados en las esquinas y grietas de las paredes, entre los tréboles, en los troncos de los árboles, eran copiados con lápices de colores para clasificarlos con los nombres que yo conocía.

Pero mis favoritas eran las aves, los colibríes verdes, pardos o azules, los pájaros cucos, las mirlas, los búhos y lechuzas, hasta una monjita bogotana de cabeza amarilla que un día se puso a cantar en mi ventana.

Entonces un día, que no recuerdo bien, empecé a perder el interés en mi cuaderno de animales. Mi cabeza estaba en otros lados, en los robots un día, otro día en las películas, en los cómics, luego solo me interesaba el fútbol. Después de una terrible granizada, el sótano de nuestra casa se inundó y allí se perdió mi cuaderno para siempre.

También me di cuenta de que, en la ciudad donde jugaba, estudiaba y crecía, los animales a pesar de todo permanecían y de que, después de las lluvias temibles, los pájaros volvían a cantar y las ranas verdes sabaneras que atrapaba en otros tiempos llenaban el aire con sus voces.

Pero los tiempos cambiaron y la ciudad también, los enormes cerezos —donde vi alguna vez descansar a dos patos pisingos— fueron talaron, y la casa de nuestros vecinos fue demolida para hacer dos edificios. Mi familia se mudó de casa en casa como nómadas al ritmo de la ciudad que crecía y crecía; las mirlas agresivas desplazaron a los copetones, las mariquitas y los cucarrones voladores no regresaron, las abejas y los abejorros se hicieron menos frecuentes, la vida cambiaba para todos.

Pero, aunque yo cambiaba, sentía que toda mi vida estaría acompañada de los animales, que no eran solo los gatos y perros callejeros con los que me solía cruzar todos los días, sino que había más animales en mis recuerdos, en los sueños

y en las vivencias del día a día.

Sobre ellos son estas cortas historias.

## UNA HISTORIA DE RATONES

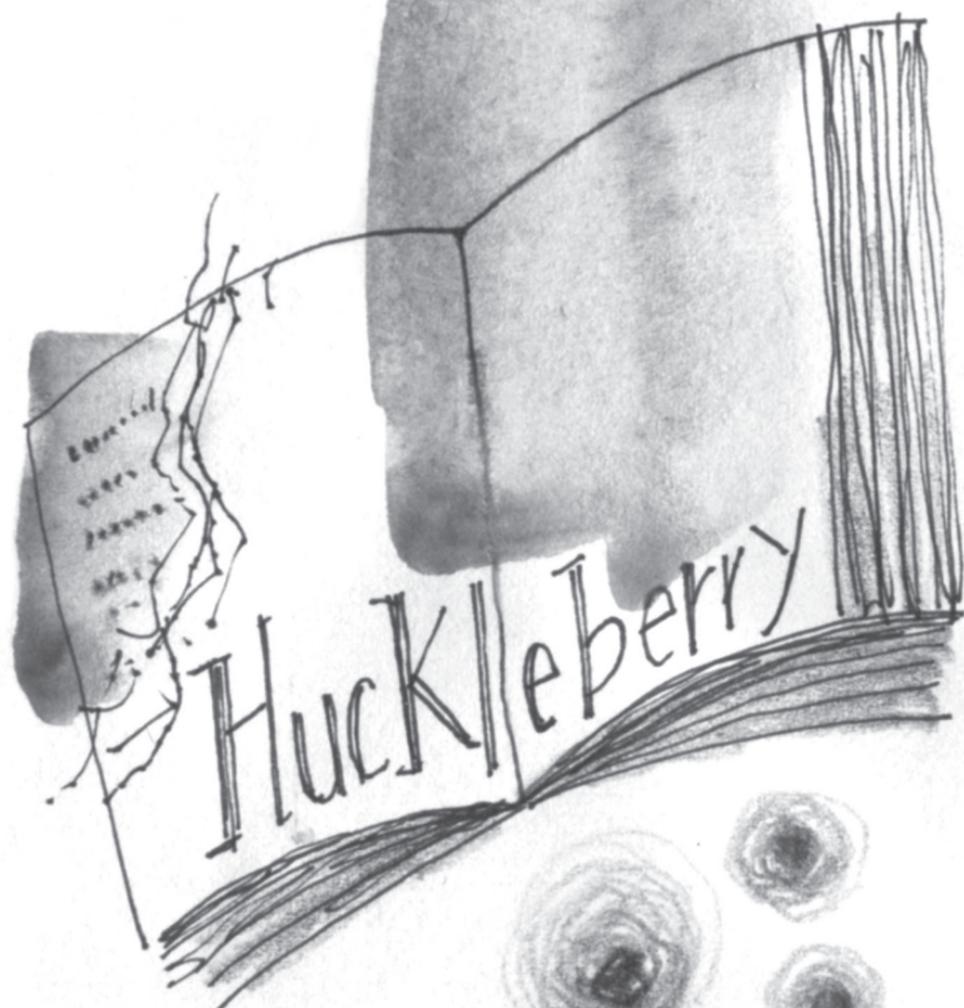
Los ratones en Bogotá no le importan a nadie y creo que no le importan a casi nadie, en ninguna ciudad del mundo.

Hace mucho tiempo, cuando yo era un niño y figoneaba en el librero de mis papás, encontré un libro que quise leer de inmediato, *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Tenía una portada fantástica, dos chicos descalzos haraganeando en una balsa sobre un río. Pero no pude leerlo. A medida que avanzaba pasando las hojas, descubrí horrorizado que las hojas estaban mordisqueadas, y en la mitad del libro un círculo perfecto casi atravesaba el libro de lado a lado.

—No fueron las polillas —me explicó Marinita, mi mamá—, tenemos ratones en la casa.

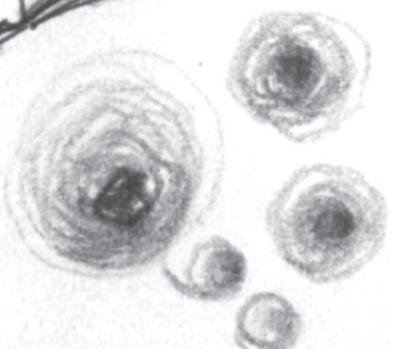
Pero nunca pude ver al ratón que había intentado hacer su nido en *Huckleberry Finn*, aunque puse galletas escondidas entre los libros nunca apareció, y en los demás libros, que revisamos uno a uno con mi mamá, no encontramos señales de dientes de ratón.

Desde ese entonces empezaron a importarme los ratones. Entendí que había descubierto algo muy importante, los que veía en la televisión en dibujos animados comían mucho



Huckleberry

Special  
series  
January  
1927



## OTRA HISTORIA CON RATÓN

En medio de una tormenta temible, con calles inundadas y enormes trancones, mientras yo trataba de llegar al aeropuerto, me quedé atrapado en la carrera Quinta adentro de un taxi. Entonces, al mirar por la ventana pude ver en medio del agua que corría salvaje, por el borde de la acera, y que bajaba como una cascada a toda velocidad, a un pequeño ratón que luchaba por no ahogarse.

Del carro compacto que estaba delante de mi taxi, se apeó un señor inmenso con un paraguas pequeñito. Lo vi avanzar en medio de la corriente, luego se agachó y con delicadeza tomó al ratón sobre la palma de su mano. Regresó a su carro mirando al ratón y me di cuenta de que sonreía. Luego el semáforo cambió y el señor inmenso, el ratón mojado y el pequeño carro se perdieron en medio de cientos de otros carros.

Mientras avanzábamos en silencio, yo pensé que esos dos, desde ese día, tendrían que ser los mejores amigos del mundo.



## LA LECHUZA

Una mañana cuando estaba en el colegio, una lechuza entró por la ventana del segundo piso en la casona en la que vivíamos entre el campo y la ciudad, que se extendía hacia todos lados de la sabana de Bogotá.

Al regresar con mi hermana a mediodía, vimos a mi papá sentado en su sillón de la sala con la lechuza en sus manos.

Mi hermana y yo nos miramos asombrados. ¿Qué hacía esa criatura extraña en nuestra casa? ¿Por qué mi papá la tenía en sus manos?

Nos dijo que nos acercáramos y que acariciáramos su cabeza con delicadeza. Nunca olvidé la sensación de la increíble suavidad de sus plumas, nuestras manos se hundían y sentíamos que en realidad su cabeza era pequeñita, como la de un pájaro cualquiera.

Luego mi mamá nos contó que mi papá la había capturado muy temprano en la mañana, y que luego se había sentado en su sillón de la sala a esperarnos para que la conociéramos. Nos había esperado por horas, con paciencia para que pudiéramos verla de cerca unos minutos. Después fue al prado inmenso atrás de la casa, donde cruzaba un arroyo y se elevaba un bosque nativo de robles, y la liberó, mientras nosotros observábamos todo muy callados. La lechuza giró su cabeza completamente para mirarnos y voló a una cerca de madera



de una finca vecina. Entonces se perdió para siempre en el bosque de robles y eucaliptos.

Fue un día inolvidable, pero me fijé que mi mamá nunca se había acercado mucho y miraba todo de lejos y con timidez.

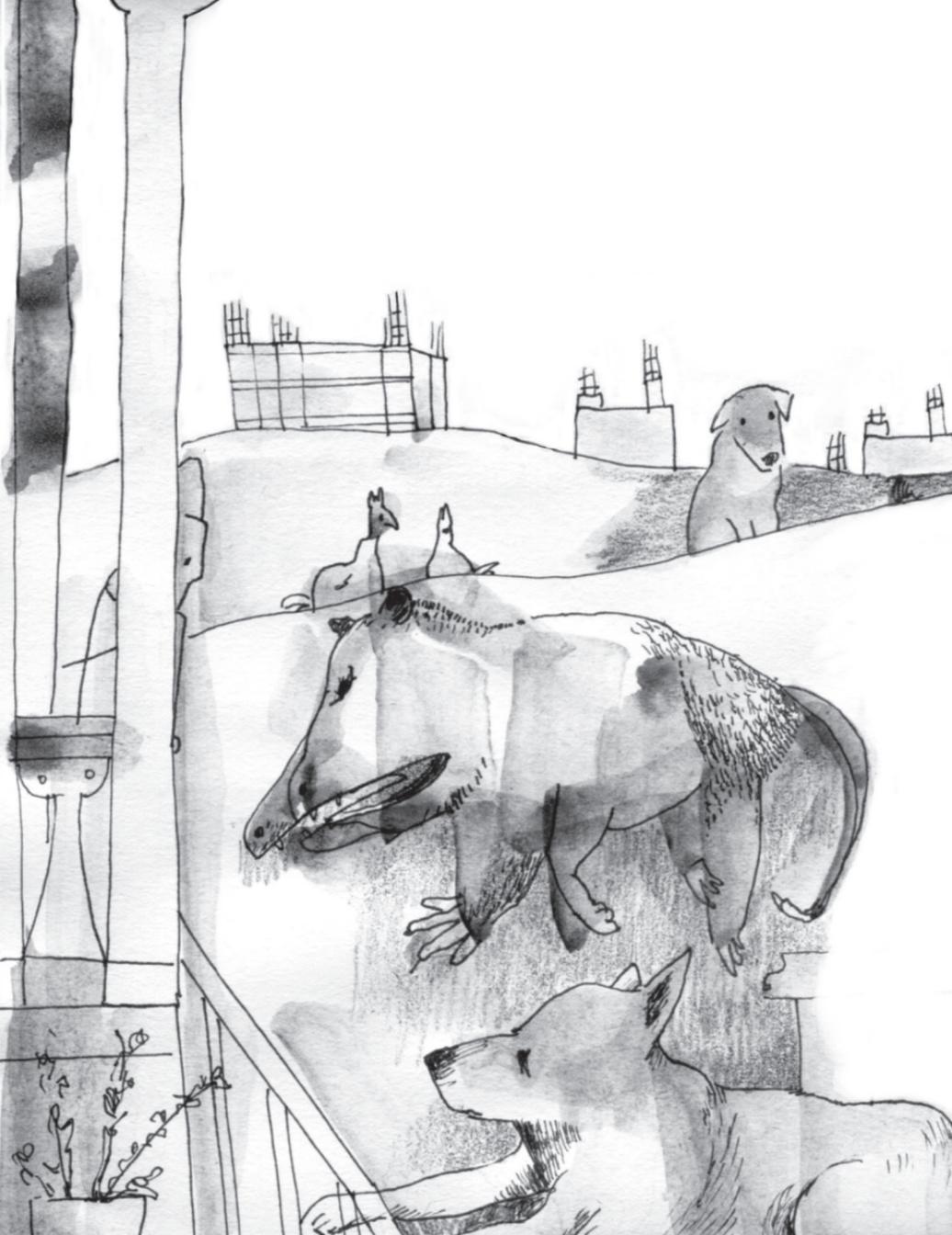
Ella me contó que cuando era niña, en un pueblo del Tolima, mi abuela le decía que el “currucucú” les sacaba los ojos a los niños en las noches oscuras. El currucucú de mi mamá también es un ave nocturna, pero es diferente a la lechuza de la sabana de Bogotá. Es un gran cazador a pesar de su pequeño tamaño, y mi mamá se fascinaba cuando, al caer la tarde, podía verlo escondido entre las ceibas, samanes y cámbulos de la plaza de su pueblo.

## FARA

Hace tiempo las casonas de las afueras de la ciudad tenían patios inmensos, huertas, perros de todos los tamaños y algunas gallinas.

Una vecina vino a decirnos que una de sus gallinas se había perdido y preguntó si tal vez se había pasado a nuestro lote. La buscamos, pero no la vimos por ningún lado.

A lo lejos desde nuestra casa ya no se veía el bosque de robles y eucaliptos, sino una inmensa mole de edificios en construcción, pero aún así el lugar conservaba su esencia rural: la gente, los vecinos, se decían “adiós” desde lejos y los perros le ladraban a todo lo desconocido.



Ya casi de noche, salí a colgar la ropa en el patio y me encontré una zarigüeya comiéndose un durazno al lado del tendedero. La zarigüeya miró de reojo y siguió mordisqueando la fruta un rato más. Luego decidió hacerse la muerta, cayó panza arriba con la boca abierta.

Claro, en ese entonces, yo no sabía que no estaba muerta de verdad, así que entré corriendo a la casa a avisarles a mis hermanos que había una rata gigante muerta en el patio.

Cuando salimos todos a verla ahí seguía panza arriba y la lengua afuera, y la picamos con un palo. No se movió nada.

Me quedé mirando el patio y la zarigüeya muerta desde la ventana de la sala durante un buen rato y ahí descubrí asombrado que estaba fingiendo. Se levantó, sacudió su cuerpo y se perdió en un pastizal. Los perros de los vecinos comenzaron a ladrar como locos.

Después mi papá me explicó que las llamaban “faras”, “runchos”, “chuchas”, con desprecio, que se hacían las muertas y que olían muy feo, pero que eran inofensivas, aunque la gente las odiaba. Le pregunté por las gallinas de la vecina, y él me llevó detrás de una caseta de madera que usábamos como bodega, allí estaban las plumas de la gallina desaparecida.

Decidimos guardar el secreto, aunque el cuidandero de la finca vecina viniera todas las mañanas a preguntarnos.

La volví a ver entre la hierba crecida, caminado lentamente y en silencio tratando de sobrevivir en un mundo hostil.

## EL NIDO DE LOS COPETONES

En el único árbol alto que quedaba en la calle donde vivía anidaron unos copetones. Iban y volvían mamá y papá copetones, todo el día entrando y saliendo, volando y saltando entre las ramas. Decidí estar al pendiente de los polluelos que iban a nacer, eran como un regalo de la naturaleza, algo que no se podía ver casi nunca en el centro de la ciudad.

Los copetones eran comunes, pero ignorados, y yo nunca había visto el nido de una pareja, pero sí había visto a sus polluelos regordetes en una rama gritando, aprendiendo a volar.

Pasaron los días y por un tiempo olvidé a la familia copetón, pero una mañana pude ver a papá pájaro alimentando a su hijo en una de las ramas más bajas, pero su polluelo no era normal. Era un pájaro inmenso, gordo, de un plumaje diferente al de mamá y papá, el polluelo los doblaba en tamaño. ¿Cómo era posible?

Los días siguientes los seguí observando, el polluelo ya era tres veces más grande que sus padres. Le gritaba con fuerza exigiendo alimento y los dos copetones saltaban alrededor del pájaro gigante con insectos o gusanos en el pico. Ya no

estaba en las ramas, su hijo se bajaba a la calle, al lado de los carros estacionados, y ahí, entre la gente que caminaba aprisa sin fijarse en ellos, lo seguían alimentando sin parar a descansar ni un momento.

Me preguntaba: ¿cómo dormirían en ese pequeño nido con ese bebé-pájaro monstruoso?

Unas semanas después la familia copetona ya no estaba en aquel árbol. Años después volví a ver el mismo comportamiento una mañana en el parque de La Independencia: un pequeño copetón alimentaba a un inmenso polluelo oscuro y gordo. En la biblioteca tuve respuesta a mis preguntas, el chamón parásito es un pájaro que espía a las familias de pájaros que anidan y, cuando no lo ven, pone su huevo en el nido de la familia adoptiva, y así hace que otros cuiden a sus hijos. Un plan siniestro, pero efectivo. Eso fue lo que les ocurrió a mis vecinos copetones.

Las raras veces que veo a los chamones o tordos en Bogotá, pienso que están ahí siempre alertas, buscando a su próxima víctima.

## LA RANA

Las ranas que cantan después de la lluvia o en las noches húmedas y frías de Bogotá son ocreas o verdes. Son unas ranitas comunes que mucha gente en la ciudad no ha visto nunca, pero

que en algún momento de la vida las ha escuchado croar. Mi hermano era especialista en atraparlas, estaban en los árboles de papayuela bajo las hojas, entre el musgo, en las orillas de cualquier zanja con agua, en los charcos de cualquier camino después de varios días de lluvias. Mi amigo, la rana, porque solo los machos son de color verde brillante, se llamaba Gilberto y yo creía que le gustaba jugar conmigo. Tenía un camión al que se le podían abrir las puertas y yo lo acomodaba en el asiento del chofer; en la lancha de pilas era el piloto y daba vueltas en círculo en un gran platón de agua, y luego simplemente, en la pequeña pileta que tenía mi familia en el patio, lo atrapaba y lo soltaba en el agua a mi voluntad. Pero un día desapareció de su acuario de vidrio y lo busqué todo el día. Mi mamá me dijo que eso hacían las ranas, desaparecían de repente, y que luego solamente podíamos oír su canto sin dar con ellas. ¿Cómo desaparecían? ¿Se enterraban en la tierra? ¿Se camuflaban entre las hojas de los árboles? Yo insistía, buscaba a Gilberto hasta por debajo de las piedras.

Me volví aficionado a los batracios, compraba estampitas de ranas, sapos y salamandras y las pegaba en mi cuaderno de animales. Varias veces traté en vano de atrapar renacuajos en una bolsa de plástico para criarlos y tener a un nuevo Gilberto... pero no, pensaba que era especial y no tendría reemplazo nunca.

Años después de que Gilberto me abandonara, ocurrió algo que me hizo pensar en la vida de las ranas como vecinos nuestros de toda la vida.

Una de las cosas absurdas que nos obligaban a hacer a los niños y a las niñas en las escuelas y colegios era abrir una rana o un sapo. La maestra nos explicó que la disección consistía en cortar y estudiar animales... Sí, cortarlos. Y nos encargó llevar un batracio la semana siguiente para estudiar su anatomía en vivo y en directo. Yo tenía el dibujo de una rana abierta en un libro de ciencias naturales, pero no tenía ganas de verlo en la vida real.

No podía dormir pensando en lo desagradable y cruel que iba a ser ese día.

En la noche salí al patio y pude escuchar el croar de Gilberto, saqué mi linterna y empecé a buscarlo entre las hierbas y las raíces de los árboles. Mi mamá salió y me dijo que no lo buscara más. Ella le había dicho a mi hermano que lo atrapara y que lo liberara en otro lugar, lejos de mí... porque esos animalitos, me dijo con firmeza, “no son juguetes”.

Me quedé triste sentado en la hierba fría, pensando que los cantos de las ranas sabaneras nos recuerdan que no vivimos solos en el mundo.



## EL AVE MÁS GRANDE DEL MUNDO

Para visitar a mis amigos que vivían en La Soledad, siempre atravesaba el campus inmenso de la Universidad Nacional. Yo vivía en Pablo VI y ese tramo largo, lleno de árboles y potreros, me hizo conocer un montón de animales, que aparecían o desaparecían según el horario. En las mañanas, alcaravanes, torcazas, palomas, mariposas y escarabajos; en las tardes, golondrinas, mirlas y el degollado, un pajarito hermoso con una mancha roja brillante de plumas en su pecho blanco; y en la noche, cuando caminaba apurado a mi casa para que no me regañaran, gigantescas polillas nocturnas, ratones de campo, búhos orejudos o murciélagos que podía ver fugazmente.

Detrás de un muro de concreto en la facultad de zootecnia por donde siempre atravesaba, escuché un ruido extraño, desconocido para mí, un chasquido y luego un siseo muy suave. También sentí un fuerte olor a animal muerto. Di algunos pasos, pero la curiosidad me hizo regresar y asomarme al alto muro apoyándome con mis brazos. Y entonces pude verlo: era un cóndor de los Andes inmenso, que estaba al lado del cadáver medio devorado de un caballo.

Era extraño ver a un cóndor a unas cuadras de mi casa, un animal que nunca había visto tan de cerca. Ahí cabizbajo en la hierba me miró y extendió su cuello y su pico hacia mí, como si se defendiera. Antes los había visto, disecados en el

Planetario Distrital o en el Museo de Historia Natural de La Salle, donde tenían uno con las alas desplegadas de más de tres metros. Cuando el guardia del museo no se daba cuenta, acariciaba sus plumas y su cabeza extraña y prehistórica. Pero verlo cerca y respirando era otra cosa, estaba absolutamente fascinado.

Soñar con cóndores o con un águila gigantesca que pasaba a mi lado volando y mirándome de reojo era un sueño recurrente desde que era un niño. Volví los siguientes días, me sentaba en el muro y le dedicaba horas y horas a verlo.

Una chica de overol que trabajaba allí me dijo que estaba herido de un ala y que lo estaban rehabilitando, que venía de un páramo en Boyacá. Le parecía curioso que yo lo visitara todos los días. Con el tiempo, el cóndor se acostumbró a mi presencia, picoteaba los huesos que quedaban del caballo, giraba su cabeza para mirarme con sus ojos amarillos.

Un día el animal más poderoso y bello que jamás había visto, sin previo aviso, abrió totalmente sus alas de par en par. La chica del overol y yo nos miramos asombrados, el ave voladora más grande del mundo, detrás de un muro, sin que nadie se parara a admirarlo como se merecía.

Dos días después regresé luego de que el campus estuvo cerrado por disturbios, y ya no lo encontré. Un trabajador recogía los huesos en una carretilla, me dijo que en la mañana





temprano se lo habían llevado en una jaula de transporte, que su destino era un páramo del que no recordaba el nombre.

No me pude despedir del cóndor, pero imaginé lo genial que hubiera sido verlo volando sobre la ciudad, sobre los parques y los edificios, justo como en mis sueños.

# CRECER COMO UN URAPÁN

Adriana Carreño Castillo  
Ilustraciones de Natalia Rojas

TIENES 8 AÑOS Y MIDES UN METRO CON 16 centímetros. Todo lo que te rodea es grande y alto. Eres una niña y todos quieren protegerte y ayudarte porque con ese tamaño no alcanzas los tubos del pasamanos, ni la casa de pájaros de tu antejardín, ni el cerrojo de la puerta delantera que debes abrir cuando vas a salir al parque. Te sientes pequeña y deseas con todas tus fuerzas crecer. Ser tan alta que los puedas mirar a todos desde arriba, como mira un árbol, como los urapanes que se levantan afuera, justo frente a la ventana de tu cuarto.

Urapán es el nombre de un gigante. La palabra tiene el sonido de una piedra enorme que se lanza a un pozo de agua profundo. La primera vez que la escuchaste fue en el noticiero. Los urapanes de Bogotá están enfermos, decía la presentadora. Una plaga se los está comiendo.

Imaginaste lo tremenda que debe ser una plaga que ataca a un gigante de veinticinco metros. Imaginaste los dientes que deben tener los animalitos que se encaraman por sus hojas y lo engañan haciéndole cosquillas para luego, ¡zas!, pegarle el mordisco o el chupón, porque la tal plaga se llama chinche chupador. Y aun cuando los animalitos lo succionan hasta desbaratarle las ramas y tumbarle las hojas haciéndolo ver enclenque, el gigante sigue siéndolo. Enfermo, pero gigante, como también es tu abuelo.

Justo a tu abuelo le cuentas tu deseo más profundo. Crecer, crecer como un urapán. Y justo tu abuelo resulta saber mucho de eso de crecer, y también de los urapanes. Y se sienta frente a uno que está en el parque y te llama para que lo miren juntos, y entonces te dice que no hay afán de crecer, y que mientras creces te va a contar las cosas que sabe sobre los urapanes.

—¿Sabes que los árboles tienen un nombre común y otro formal, con apellido? —te pregunta el abuelo.

Y haces cara como de que sí sabes, pero jamás habías escuchado tal cosa. Ni en el colegio, ni en los noticieros, ni hablando con tus amigos. Porque de eso jamás se te había ocurrido hablar. De crecer sí, todo el tiempo hablan de eso. Pero de urapanes, ¿qué es eso?



—El nombre común es el más sencillo, el más fácil de pronunciar y recordar. Es como un apodo, un nombre de cariño. Como tú, que eres Carito, aunque te llames Carolina. O como yo, que me llamo Anselmo, pero me dices abue.

Urapán es ese nombre de cariño. Pero hay otro nombre, el científico.

Piensas que el abue no sabe que odias que te llamen Carito. Una “r” más y serías carrito. Nada es más extraño y ajeno a ti que un automóvil, y no puedes evitar pensar en eso cuando te llaman así.

—Y entonces, ¿cuál es el nombre científico del urapán?

—Complicado. Si el urapán hablara, podría responderte, pero no ha abierto la boca para presentarse.

Tu abuelo intenta chistes contigo cada vez que conversan. Te encanta ver cómo intenta dar con uno bueno mientras fracasa con cien malos. Igual te ríes y lo haces reír al reír.

—Dicen que su nombre científico es *Fraxinus*, pero el problema está en el apellido.

Piensas en los cuatro apellidos que decías cuando te presentabas ante desconocidos. Ya no lo haces porque sientes que esas cosas solo las hacen las niñas pequeñas y no quieres que nadie crea que lo eres. Cuatro apellidos. Vargas Martínez Vega Cáceres.

—Algunos dicen que el apellido es *chinensis* y otros creen que es *uhdei*.



Te está enredando otra vez. El abuelo tiene esos métodos. Te dice una cosa y luego la contradice y te deja puras preguntas. Cuando los grandes hacen esas cosas de enredar a los pequeños te viene cierto arrepentimiento de crecer, pero se te quita pronto, porque crecer tiene otras ventajas.

—¿Entonces tiene dos apellidos? —le preguntas.

—No, no puede. Solo debe tener uno, el de su familia verdadera. Pero ahí está el problema. Todos pensaban que el urapán de Bogotá era de una familia, pero parece que es de otra.

Te tiene. ¿La familia del urapán? Esto va para largo. Tal vez crezcas mientras el abuelo explica semejante confusión. Tal vez cuando el abuelo termine de contar su historia y te levantes del lugar frente al urapán donde te sentaste a escucharlo vas a ser más alta que el abuelo y que el mismísimo urapán. No, no tanto. A las niñas altas del colegio les ponen apodosos horribles. Solo más alta de lo que eres ahora.

—El apellido *chinensis* proviene del Asia, de la China, para ser precisos, pero el otro apellido viene de Centroamérica. Resulta que el urapán es en realidad un fresno, pero hay muchas clases de fresnos y han crecido en distintos lugares del planeta. Aquí tomó el nombre de urapán. ¡Quién sabe por qué!

Ves al abuelo con los ojos idos mientras se lo pregunta, buscando la respuesta en la nube que mira. Y esperas que responda, como suelen hacer los grandes, que casi siempre

pueden responder a todo tipo de preguntas. Pero el abuelo es un grande distinto y a veces admite que no sabe.

—Ni idea. Pero me gusta el nombre —te dice.

A ti también te gusta. Miras al urapán frente a ti y sientes que le queda muy bien. Hay nombres que no combinan con sus dueños. Tienes amigas que tienen nombres de señoras, y adultos que tienen nombres de niños. Perros nombrados como gatos y gatos como perros.

El abuelo continúa.

—En Roma, hace cientos de años, un familiar muy cercano del árbol que tenemos frente a nosotros, o, mejor dicho, uno de la misma especie, servía para cercar los terrenos, por eso su nombre es *Fraxinus*. *Fraxinus* viene del griego *phraxo*, y esa palabra a su vez significa separación o cercado. *Fraxinus*, fresno. ¿Ves por qué se llama así?

Miras al abuelo, ves sus labios diciendo todo aquello y sabes que él tiene mucho que ver con tu deseo de crecer. Crecer como el abuelo y saber todo lo que sabe, viajar por el tiempo y por los países para llegar a Roma en otra época y saber qué palabras decían los griegos. Ser grande para conocer los nombres de muchos árboles y reconocerlos en la ciudad.

¡Se te ocurren tantas preguntas al mirar el urapán! Y de repente te das cuenta de que toda la vida árboles como ese te han rodeado. Los has trepado, te has escondido tras sus



troncos protegida por su tamaño. Te has sentado bajo algunos cuando has hecho picnics o cuando tu mamá y tu papá te han leído historias en el parque los domingos. Has visto copetones, zuros y mirlas en sus ramas y hasta hojitas has recogido para guardarlas en tus libros hasta que se secaban para usarlas como marcadores de página.

*Fraxinus* de Roma, te dices en voz muy bajita. Y le pides al abuelo que te cuente más.

—¿Cómo es que llegaron los urapanes hasta este parque?

—No tengo idea. Pero sí te puedo contar dos historias de su llegada a Bogotá. Te las voy a decir y al final decidirás en cuál quieres creer.

Piensas que tal vez el abuelo te tiende una trampa. No sería la primera vez. Si escoges la historia correcta, el abuelo te felicitará y te dirá que eres muy inteligente y que ya no eres ingenua como una niña. Admitirá que eres grande, que has crecido. Si te equivocas, seguirá tratándote como Carito, la pequeña carrito.

Aceptas el juego del abuelo y él se soba las manos, se acomoda las botas de los pantalones y empieza:

## HISTORIA NÚMERO UNO

*Los urapanes de Bogotá llegaron a finales de los años cuarenta, porque la ciudad debía verse bonita para un evento que*

*convocaba a personalidades de muchos países, la IX Conferencia Panamericana.*

*Un arquitecto de origen japonés tuvo que elegir árboles que crecieran muy rápido para que la ciudad luciera verde y elegante. Y, adivina, el urapán es un árbol veloz, que mira hacia el cielo y lo quiere alcanzar, y tiene tanta prisa por crecer que se levanta rápidamente sin importar si la tierra donde está plantado es dura e infértil, sin debilitarse ante el humo de los carros y las nubes químicas que salen de las fábricas. Es fuerte, grande, y quiere crecer, lo desea más que nada en el mundo. Al urapán le encanta vivir en Bogotá. Quienes creen en esta historia llaman al urapán Fraxinus chinensis.*

La historia uno te fascina. Tú misma eres un urapán. Quieres crecer, aunque es verdad que te molesta el humo de los carros y los olores molestos de las fábricas. Pero ahí estás, en medio de la ciudad, y sigues respirando y, como al urapán, te encanta vivir en Bogotá.

Casi te lanzas a decir que ya elegiste, pero el mismo abuelo te dijo alguna vez que crecer significaba aprender a escuchar. Entonces te contienen. Te aguantas las ganas de gritar: la uno, la uno, esa es. Miras al urapán, respiras profundo y vuelves los ojos al abuelo esperando la segunda historia.



## HISTORIA NÚMERO DOS

*Nada de Europa ni Asia. Los urapanes bogotanos, los fresnos, vienen de Guatemala o de México.*

*Cuentan que la zona de la sabana de Bogotá había sufrido una gran deforestación desde los tiempos de la colonia. La madera de los árboles nativos se había explotado para el crecimiento de la ciudad. Bogotá debía verse muy triste sin árboles.*

*En los años cuarenta y por el evento que ya te conté, se quiso reforestar la ciudad, hacerla reverdecer. Pero los urapanes traídos provenían de Centroamérica. El asunto es que el fresno europeo, el asiático y el centroamericano se parecen muchísimo, así que todo el mundo los confundió. Quienes creen que el urapán vino desde Centroamérica lo llaman Fraxinus udhei.*

—¿Y estos también crecen mucho?, ¿les gusta vivir aquí?

—Eso es lo difícil de decidirse por alguna de esas historias. Los dos árboles la pasan muy bien viviendo en esta ciudad. La pasan tan bien que desde que los empezaron a plantar no han hecho otra cosa que crecer y crecer. Se sintieron tan cómodos que extendieron sus raíces por debajo de la tierra y alcanzaron tuberías, movieron los cimientos de las construcciones y quebraron lozas, andenes, pavimentos. Tal vez muchos de ellos crecieron donde no debían crecer. Por eso ahora algunos piensan que son intrusos en la ciudad.

Tu cara se colorea. Te parece increíble que alguien piense que ese gigante verde y hermoso sea un intruso.

Empiezas a volverte urapán. Alguna vez escuchaste a tu mamá decir que crecer era ponerse en el lugar de los otros. Te imaginas que eres un urapán, el que tienes frente a ti. Viene a tu mente una nueva historia y se la cuentas al abuelo. Quizá tu historia lo convenza a él.

## TU HISTORIA

*Los urapanes nacieron en muchos lugares al mismo tiempo. Su semilla en forma de hélice viajó con el viento y se regó por los continentes. Dependiendo del lugar, los urapanes cambiaban un poco para aprovechar el suelo, las temperaturas y las alturas de los diferentes lugares a los que llegaban. Así se empezaron a confundir, los que venían de un lugar o del otro. Y cuando llegaron a Bogotá ya ninguno sabía muy bien cuál era su origen.*

*Y sobre el nombre, pues los mismos urapanes se nombraron así. Dicen de los árboles que son sabios y se comunican entre ellos a través de sus raíces, así fue como se filtró, por las raíces, el nombre que les gustaba a los urapanes y que ellos mismos eligieron. A una raíz se le debió escapar y luego una mujer la escuchó y se lo contó a un hombre, y este a un niño, y así todo el mundo en la ciudad empezó a llamar urapanes a esos árboles.*

Tu abuelo se queda ensoñando mientras mira el urapán.

—No pudieron elegir mejor nombre. Tu historia me encanta y creo que las cosas sucedieron así. Hay mucha verdad en lo que dices. Las sámaras, las semillas del urapán, son como pequeñas hélices de helicóptero que gracias al viento se esparcen fácilmente. Por eso el urapán en Bogotá se ha multiplicado. Los vientos de la ciudad han hecho bailar las semillas y por eso hay tantos urapanes rodeándonos.

Además es cierto que bajo la tierra los árboles tienen una red de comunicaciones increíble. Las raíces se acercan y los hongos producidos por la descomposición del material vegetal en el suelo se pegan a ellas y se convierten en un cableado para mandar mensajes de un árbol al otro.

¿Imaginas lo que está pasando en este justo momento bajo nuestros pies?

Miras la tierra y casi puedes ver la maraña. Te das cuenta de que un árbol es solo una parte del árbol. Que oculto bajo la tierra cada árbol podría tener el mismo tamaño que ves en la superficie. Por cada árbol fuera de la tierra hay otro árbol enterrado. Y pensando en ese gran gigante, imaginas un bosque subterráneo de urapanes en Bogotá. Imaginas una convención de árboles, una conferencia intercontinental de árboles en Bogotá.



De repente vienen a ti los urapanes que has conocido. Nunca como ahora aparecen tan nítidos. Por cada uno que viste está su árbol oculto, justo a sus pies y a los tuyos.

Recuerdas los gigantes enfilados que viste en la Universidad Nacional una vez que acompañaste a tu mamá al viejo edificio de ingeniería. Eran tantos urapanes que su tejido bajo la tierra debía extenderse por debajo de las avenidas fuera de la ciudadela.

Recordaste los colosales del Park Way que descubriste aquella mañana de domingo, cuando te estrellaste contra el mundo aprendiendo a montar bicicleta.

Vino a ti la imagen de aquella visita al Jardín Botánico, con todos los niños de 3º A que señalaban un árbol sabio que se movía con el viento como un bailarín de ballet. Su verde resplandeciente casi te encandiló los ojos y supiste que ese árbol te gustaba sobre los otros. Era, lo sabes ahora, un urapán.

Repasaste el día en que fuiste con tus primas al sendero La Aguadora, un bosque que te pareció el escondite perfecto para duendes y brujas, y notaste que la luz se esforzaba por atravesar las hojas de los árboles. Una vez más, urapanes.

Cuántas veces cruzando una calle, atravesando un parque, intentando escalar por un tronco, tomando una siesta luego del juego, estuviste cerca de un urapán, abrazada por su

sombra, arrullada por su cuchicheo, protegida por sus brazos subterráneos.

Tienes un impulso cuando el abuelo te dice que es hora de regresar a casa. Quiere abrazar al urapán. Sabes que algunos grandes oyen la frase: “¿Por qué no mejor abrazas un árbol?”, y se ríen en tono de burla. Eso significa “¿Por qué no vas a hacer algo más inútil de lo que estás haciendo?”. Sientes que, inútil o no, debes acercarte y sentirlo, porque por primera vez te das cuenta de que está muy vivo, de que probablemente ese árbol es tan viejo como tu abuelo, de que es un gigante hablador de voz subterránea, de que es la casa de tus pájaros favoritos, de que es un testigo de cómo crece la ciudad y de cómo creces tú.

Le pides al abuelo que lo hagan juntos. Sabes que él te secunda en esa clase de extravagancias. Van al urapán y lo rodeas con tus brazos de niña sin poder abarcarlo del todo. Y te encanta que él sea tan grande y tú tan pequeña. Sientes de repente que su grandeza ha tomado tiempo. Que ese gigante ha tenido que esperar para que su tronco se hiciera grueso, para que sus ramas brotaran, para que sus hojas nacieran, para que las plagas lo dejaran en paz. Que ha sido paciente y ha esperado sin ningún afán convertirse en ese gran cuerpo que te da sombra cuando los soles bogotanos te agobian. Que tal vez te ha visto jugar con la pelota y ha chismorreado con otros árboles sobre los niños y sus travesuras en el parque.





Sientes un corazón latir. O te imaginas. Oyes burbujear su interior, te parece que te dice algo, que confirma su nombre: urapán, urapán bogotano.

—¿Cuántos años crees que tiene este urapán? —le preguntas al abuelo.

—Tal vez los mismos que yo —te responde.

Vas de regreso a casa de la mano de tu abuelo. Te encanta andar así. Piensas que si fueras grande tal vez no lo tomarías de la mano, y de repente el afán de crecer se disipa. Ya habrá tiempo, crecerás como crecen los urapanes, y cuando seas una viejita sabia y llegues a los ochenta como tu abuelo, como los urapanes más viejos, llamarás a los niños del parque, les mostrarás un urapán bogotano, les contarás las historias de su nombre y les revelarás algunos de sus secretos. Quizás alguno de los niños se anime a darle un abrazo.

# LAS CARTAS VERDES

Francisco Montaña

Ilustraciones de Leonardo Gómez

¿ENTONCES ESTO ES MI CASTIGO?, SE PREGUNTÓ tratando de aliviar el ardor que seguía palpitando en su codo. Se había golpeado contra el marco de la puerta al salir corriendo de su casa, lo más rápido posible, no quería contestar ninguna pregunta, no quería que le volvieran a hacer evidente que podía haber hecho las cosas de otra manera. El golpe lo había dejado sin aliento, el brazo desgonzado al lado del cuerpo, la ira más intensa que esa corriente ácida de dolor, las preguntas que no dejaban de caer sobre él como si fuera avispas. *Es tu castigo*, continuó diciéndole su voz, castigo, afirmaba mientras Felipe se alejaba del edificio tratando de dejar atrás el golpe, las preguntas, la vergüenza.

Llegó al parque. Se sentó en la banca y se dedicó a calmarse. Pronto se dio cuenta de que no había nadie. Se alegró de que fuera así. No quería ver a nadie. El codo todavía palpitaba.

Las preguntas todavía zumbaban. El calor todavía lo agobiaba. Entendió eso de trágame tierra. Desaparecer. Quería desaparecer. El sol de la tarde pegaba intenso y pronto tuvo que levantarse de la banca para buscar alguna sombra. Ahí estaba el cerezo. Se recostó contra su tronco, dejó caer sus nalgas hasta la tierra y cerró los ojos. El aire estaba frío y el sol se escondió detrás de una nube. Los vellos de los brazos se le erizaron y se dio cuenta de que no sabía qué hacer. Abrió los ojos, el aire había cambiado. Lo cercano parecía más claro mientras lo lejano desaparecía en la niebla. Iba a llover. Lo que faltaba para completar el castigo, le dijo la voz en su cabeza como explicándole algo sobre lo cual ya estaban de acuerdo. No podía volver a su casa, no antes de que todos se hubieran acostado. Necesitaba un refugio, estar donde alguien que no preguntara, que no quisiera saber nada. Pensó en Manuela, pero se acordó de que su casa estaba en obra y seguramente ella estaría ayudando con alguna tarea. ¿Ricardo? Seguro jugando fútbol en la cancha del otro barrio. Le cayó la primera gota. Quedaba la abuela. La abuela no preguntaba si no le contaban. Y, además, con lo sorda, quién sabe si entendiera de verdad lo que le decía. ¿Cómo fue a hacer eso?, lo aguijoneó de nuevo la pregunta. ¿Qué responder? Sabía y no sabía. Ir donde la abuela. Que le diera chocolate, que le pasara la mano por la cabeza y que no lo agobiara con preguntas, como

su mamá. Además, ya era la segunda gota, en la nariz, en la frente. No faltaba mucho para que el cielo gris se descargara sobre sus hombros. Adonde la abuela, entonces, si no quería mojarse y después, de pronto, morir de frío, y entonces, ya no tener que volver a su casa, nunca. Pero, no. Sabía que no iba a morir de frío. Debía de ser terrible, había visto una película donde un tipo malísimo se congelaba. No quería eso. Se dirigió a la casa de piedra de la mujer. Ella no lo culparía porque no le diría nada.

Pst, pst. Una voz lo llamaba. Estaba ya cerca de la casa de la abuela. ¿Ahora qué? ¿Alguien más que quiera quejarse? Pero no vio a nadie cerca. Miró a los lados y sólo después de un buen tiempo descubrió una cabeza detrás de un seto. Se acercó con cuidado. No era sensato confiar en nadie en estos días. Tampoco era no atender a alguien que lo llamaba. La cabeza pertenecía a una niña de su edad. Tenía el pelo cubierto con una pañoleta, pero el que sobresalía era de un color que no pudo definir. O era rubio pajizo o estaba cubierto de polvo. Los ojos de la niña en cambio sí eran bien visibles y claros. Y lo miraban.

—¿Sí? —dijo cuando se acercó lo suficiente.

—Yo sé qué necesita —dijo la niña y el tono de la voz lo hizo pensar en una mujer mucho mayor.

—¿Usted quién es? —quiso saber Felipe.

—No importa. Pero puedo ayudarlo.

—¿Cómo así? —¿todo el mundo tenía que saber de su error?, ¿todo el mundo tenía que echarse en cara?, ¿de verdad, no iban a dejar de castigarlo?

—No se asuste. Venga. Nadie va a castigarlo —le dijo y lo invitó a pasar al otro lado del seto. Allí la niña se introdujo en una carpa y desde adentro le hizo señas para que lo siguiera. El interior era amplio y claro, a pesar de que desde afuera se viera muy pequeña—. Siéntese —le indicó una mesa encima de la cual colgaba una lámpara. La luz le pareció dulce y se imaginó que al interior debía arder una vela. Se sentó y la chica ya estaba al frente, sus ojos enormes, una sonrisa extraña. Por un momento se preguntó si no estaba arriesgándose. Era extraña, pero las ganas de saber eran más fuertes que el miedo y se entregó a la confianza.

Se quedaron un momento callados y el silencio hizo que el zumbido de las preguntas volviera sobre él. ¿Cómo había podido decir eso?, ¿no había pensado en Luis, su tío?, ¿en lo que podía pasar? Felipe apretó los dientes preguntándose cómo podía hacer para liberarse de todo eso.

—Lo hice todo mal —necesitaba descargarse, tal vez así se liberara.

—Puede ser que haya hecho todo mal. Pero no importa. Todo tiene solución menos la muerte. Todo va a estar bien

—le repitió y esas palabras lo aliviaron—. Pero, no le voy a seguir diciendo lo que quiere oír.

—Dígame quién es usted.

—Me llamo Margarita. Leo las cartas. Y se las puedo leer, si quiere.

—¿Las cartas? ¿Para eso me invitó?

—Sí. ¿No quiere? ¿No quiere saber cómo hacer para liberarse de todo eso? —Felipe abrió los ojos, cómo hacía ella para saber lo que pensaba, ¿eran las cartas?

—Sí, sí quiero —dijo Felipe mientras veía cómo Margarita barajaba unas cartas frente a sus ojos. No se parecían a las que usaba su tío Luis después de los turnos de chofer del SITP. Eran verdes por los dos lados. Y volaban entre los dedos de la niña que movía los labios repitiendo una oración que no alcanzaba a oír.

—Pero no tengo cómo pagarle... —confesó.

—No importa. Por esta vez, será así. Felipe, tiene que escoger una carta...

—¡Un momento! —pidió—. Dígame por qué sabe mi nombre.

—Lo tiene escrito en la camiseta del colegio —sonrió la muchacha—. ¿Ahora sí?

Felipe asintió. Tocó las cartas de las que solo veía los lomos, arabescos verdes de distintos tonos que formaban una textura de musgo.



—Concéntrese en la manera de resolver el problema, las cartas le van a dar un camino. Cierre los ojos, deje que las cartas mismas lo guíen.

Sintió los bordes doblados de las cartas, los lomos afilados, sintió el olor que se desprendía de ellas cuando las movía, olían a la masa del pan que hacía su mamá para vender cuando se quedaba olvidada y se podría. Las movió un poco más. De repente, supo que una de ellas era la apropiada, la tomó y abrió los ojos sonriendo.

—Esta —dijo, triunfante.

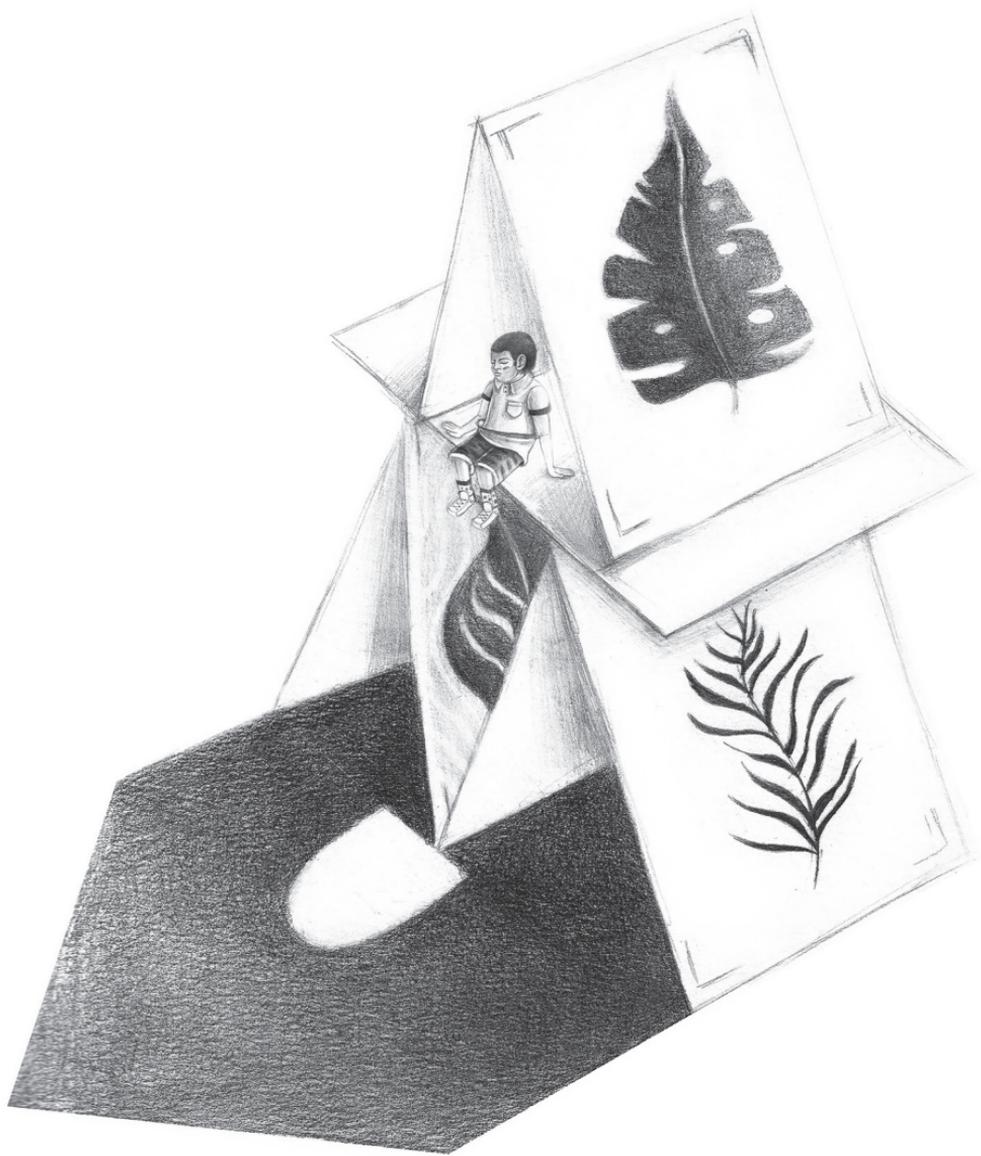
—Bien, Felipe. Muy bien —dijo la niña y su voz le pareció cada vez más de vieja—. Esta baraja es muy especial. Es la baraja de las montañas. Lo que las cartas le indican es qué camino tiene que hacer para entender su problema.

—Entonces, ¿no me dice qué tengo que hacer?

—No de una vez. Le dice cuál sendero de la montaña tiene que hacer.

—No entiendo nada —se quejó Felipe pensando que estaba perdiendo el tiempo en esa carpa. No ha llovido, podría quedarse callejeando, de pronto encontrarse con Ricardo y seguir afinando la puntería, le propuso su voz. Reventar botellas con piedras.

—Tranquilo... —le explicó—. La baraja le sugiere un camino, porque en ese camino va a encontrar la respuesta.



—Ya...

—¿Quiere saber qué sendero le toca hacer para resolver el problema?

—Pues sí...

—El sendero Las Delicias.

—¿Y por qué ese?

—No sé. Quiere coger otra carta a ver...

—No sé. ¿Se puede?

—Siempre se puede. Pero es mejor quedarse con la primera...

—¿Cómo se llaman las demás?

—Las Moyas, Aguadora, Pico del Águila, Vicachá...

—¿Son caminos?

—Sí, en la montaña. ¿Lo va a hacer?

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó Felipe sintiendo desde ya las piernas cansadas.

—Si quiere saber si en el sendero están las respuestas, sí.

—Bueno, “Las Delicias”, ¿no?

La niña, que le parecía cada vez más vieja, asintió. Lo miraba en silencio. No había nada más que decir.

—Gracias.

—De nada. Estoy aprendiendo, entonces también me sirve a mí. Cuando quiera, vuelva —le ofreció. Felipe sonrió sin saber si quisiera volver a estar en esa carpa mirando cartas con dibujos que solo ella entendía.

Se despidió, salió de la carpa, miró al cielo y confirmó que en efecto debía llover en cualquier momento.

Dejó atrás a la niña de la pañoleta. Nunca había oído hablar de “Las Delicias”. Pero era una promesa. *Las Delicias*, se repitió y la voz de su cabeza se quedó en silencio por un momento dejando que el sonido de las palabras resonara por completo.

Ahí estaban. Tuvo que ponerse alerta, bajaban por la calle de la casa de la abuela, podían ser ladrones, seguro tenían las uñas pintadas de negro. No quería completar su día con un atraco, no, ese castigo no, de modo que corrió a la puerta de la abuela con la suerte de que ella estaba abriendo en ese momento para dejar salir el humo de algo que se le había quemado.

—¡Felipe! —dijo la mujer—, ¡qué bueno verlo, niño!

—Gracias, viejita —le respondió Felipe empujándola, cerrando la puerta y dejando atrás los gritos que se iniciaron con su carrera en el grupo—. Venga. Cerremos un momento que esos manes...

—¿Cuáles, mijo?

—Los de la loma, son unos matones, seguro hasta ladrones...

—¿Y usted por qué sabe? —le preguntó la vieja y Felipe se quedó en silencio, sorprendido por la claridad de la mujer. En efecto, no sabía, solo se lo había imaginado.

—No, abue, no sé...

—Entonces, mejor no inventar, ¿no?

—Sí, señora.

Caminaron hasta la mesa al lado de la estufa. La casa estaba llena de humo.

—¿Qué se le quemó, viejita?

—Una arepa, se me quedó en el fogón... ¿Y a usted qué le pasó que tiene esa cara?

—Ay, abuela... —suspiró Felipe. Decirle. No decirle. Hacerlo era reconocer otra vez su error. Si lo dejaba pasar...

—¿Habló con mi mamá, con mis tíos?

—No, por qué...

—No, viejita... —la garganta apretada, ese nudo.

—Tranquilo —la anciana se sentó a su lado y le pasó la mano por la cabeza. Lo miró un momento en silencio, pensaba. Y, mientras ella pensaba, él sintió un alivio. Se había logrado esconder. Pero no se le quitaba esa sensación en los huesos, ese apretón en el pecho.

—Bueno. Ya veremos —dijo la mujer, le pasó de nuevo la mano por la cabeza y le sonrió. Era esa la sonrisa que esperaba, aunque no tuviera dientes ya—. Venga, le caliento un chocolate, con esa lluvia.

Entonces Felipe se dio cuenta de que diluviaba, de que no se había mojado de milagro y recordó entonces su castigo y la carta verde de “Las Delicias”. La mujer no lo miraba, pero



él estaba seguro de que no se perdía uno solo de sus movimientos. De haber hablado le hubiera dicho: tengo que ir, necesito saber cómo quitarme esto de encima, no quiero más este castigo. La abuela lo miró. ¿Sabía qué estaba pensando? No había confesado nada. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué había sentido ese gusto cuando lo hizo? ¿Cómo iba a ver a su tío otra vez? ¿Si subía a “Las Delicias”, encontraría la manera?

—Mejor se queda a dormir —lo interrumpió la mujer—. Con esta tormenta es mejor no salir y si mañana va a subir a la montaña, mejor madrugar. —Felipe la miró. Entonces sí sabe lo que estoy pensando.

—Abuela, ¿por qué sabe que tengo que subir a la montaña?

—Usted acaba de decir... ¿No se dio cuenta?

Estaba seguro de no haber dicho nada. Aunque...

—Venga, ayúdeme con las cobijas —lo interrumpió levantándose.

\*\*\*

Velas en círculo. Sobre un fondo verde. Personas detrás de cada vela. Se pasaban algo. Cada una lo sostenía un momento y después lo hacía seguir. Cuando llegó a sus manos, era su turno para decir algo. Oyó platos detrás de él. Voces que

opinaban. Discutían. Sí lo va a decir. No, no es capaz. Es muy capaz. Mírelo, ahí se quedó. Las velas se apagaron.

Abrió los ojos. No había luz todavía. A su lado estaba su abuela con un café.

—Uy, viejita... —dijo—. Gracias. Le hubiera ayudado.

—Tranquilo, mijito, a veces uno encuentra alivio durmiendo. ¿Verdad?

—Quiubo, chino —lo saludó una voz. Erny, su primo.

—¡Erny! ¿Qué más? —se levantó de la cama.

—¿Listo?

—¿Cómo así? —sorbía el café de a poquitos para no quemarse.

—Vamos. ¿No tenía que subir a Las Delicias? Lo acompaño. Yo subo al Pico del Águila todos los días. Yo me las conozco.

—¿A quiénes?

—¡A las montañas! ¿A quién va a ser, chino? ¡Apúrele que es mejor llegar con el sol!

Al principio le dolía respirar por lo frío del aire. Le costaba levantar las piernas entumidas para pisar las rocas del camino. El sol todavía no aparecía. Muchos pájaros cantaban. Eran tantos y hacían tanto ruido que no se detenían con el ruido que hacían ellos con sus pisadas. El sendero estaba rodeado de árboles y arbustos, hojas rojas, verdes, tantos verdes. Erny se detuvo y con un gesto le indicó que hiciera silencio.

El eco de sus pasos se sumergió en la quietud. Los pájaros también hacían silencio. Parecía que las orejas se le agrandaban de tanto silencio. A lo lejos el sonido de la quebrada. El agua golpeando contra las piedras. Miró al primo y lo vio respirando, los ojos cerrados, los brazos abiertos en cruz, como si se llenara de algo. El aire frío seguía tocando su piel, pero ya no le molestaba.

—Seguimos... —dijo Erny y se puso en marcha. Caminaba a pasos enormes, como si estuviera corriendo, como si quisiera alcanzar algo que siempre estaba unos metros adelante. Respirar se había vuelto fácil. Ya no le dolía. Al contrario, el aire entraba a sus pulmones y los llenaba con ligereza. Ir detrás de Erny no era fácil, subía por las rocas como si sus piernas fueran resortes, movía los brazos como un molino, se desplazaba ligero, volaba. Él, en cambio, se daba cuenta del peso que tenía que mover en cada paso, de la distancia entre el suelo y la roca siguiente.

Seguían subiendo. Habían atravesado bosques tupidos donde la sombra hacía que el aire pareciera húmedo, habían cruzado la quebrada saltando piedras, habían caminado por un sendero de lozas de piedra, el sol los alcanzaba suave apenas salían de la sombra. Los pájaros ya estaban ocupados en algo más y no los podía escuchar. Sólo avanzaba siguiendo la espalda de Erny, que a veces se alejaba, a veces se acercaba



y entonces le parecía que cantaba. Le cantaba a la montaña. Estaba orgulloso de haber podido mantener el paso, pero sentía que necesitaba descansar. Le dolían las plantas de los pies. Además, *qué sentido tiene correr así y no poder mirar*, le dijo su voz, que había estado callada las últimas horas.

—Erny... —llamó, pero el primo había ganado mucho espacio. Concentrado en su canción y en sus pasos voladores, no lo escuchó. Ya lo alcanzaría. Sólo un momento para respirar, amarrarse mejor los cordones y volver a coger camino.

Se sentó en una piedra. Estaba rodeado de vegetación. El sol más alto entraba a través de las ramas haciendo un dibujo que trató de seguir sobre la tierra húmeda del camino. Descubrió el musgo que cubría los lugares libres de troncos y vio las pequeñas flores rosadas que salían de esa esponja verde. Al lado, le llamó la atención un grupo de hongos. Se ajustó los cordones y se levantó para mirarlo de cerca. *Siete, como los enanitos*, dijo su voz y sonrió. Tres tenían los sombreros muy grandes y un punto marrón en el centro que se volvía más pálido hacia el exterior, los demás eran casi blancos, jóvenes todavía. Se acercó más y sintió el olor que se dependía de ellos. Tierra mojada, digestión, ¿comérselos?

—¿Entonces vino? —lo sorprendió la voz cuando estaba a punto de tocar uno de los más grandes. Dio un salto atrás, tropezó y se cayó. Frente a él, la niña de la pañoleta, sus ojos,

su voz de anciana. Le dio la mano para ayudarlo a levantarse—. ¿Lo asusté?

—Un poco... estaba...

—Es mejor no tocarlos... Hay unos venenosos —miró de nuevo la familia de hongos y le pareció que un resplandor púrpura oscuro los cubría.

—Bonito, ¿verdad?

—Sí, lindo... Estaba con mi primo, pero me dejó tirado.

—Va adelante —dijo la niña—, seguro para en un momento a esperarlo.

—Tengo que seguir.

—Espere... ¿Ya entendió algo?

—No... Es difícil caminar tan rápido y pensar...

—Es verdad —dijo ella y por alguna razón se rio—. ¿Qué le puede querer decir la montaña?

—¿La montaña? ¿Decir? —repitió como un loro—. No sé.

—Oiga.

—¿Qué?

—Lo que está diciendo todo el tiempo. Pero no se deje llevar por el encanto de algunos... —señaló la familia de hongos. El resplandor era rojo rubí, amenazante.

Se sentó de nuevo en la piedra. Oír. Eso era lo que hacía Erny. Oía lo que la montaña decía y lo cantaba. Por eso no le había hablado en todo el camino. Estaba oyendo. Levantó

la mirada para contarle su conclusión a la niña, pero ya no estaba. Miró los hongos y los vio, grises los jóvenes, con el sombrero vetado los tres grandes. Miró a los lados tratando de descubrir qué se había hecho la adivina niña con voz de anciana, pero no había nadie. Estaba solo. Decidió seguir caminando y tratar de oír.

Al principio eran sus pasos y su respiración. Decidió caminar a un ritmo que le permitiera respirar en calma, sus piernas, entonces, podían estirarse y alcanzar el paso siguiente con flexibilidad y certeza. Oír, oír, quiero oír lo que me dices, repitió. Le pidió a su voz que se callara. El sonido de sus pasos estaba cada vez más lejos. Su respiración era como una rueda que le permitía avanzar sin final. El aire era claro. Se detuvo frente a la quebrada que el camino cruzaba. Vio el agua clara, el reflejo del sol sobre algunas piedras. La transparencia y entendió. No ocultaba nada, la montaña. Todo estaba ahí. Disponible. Bastaba con escuchar. Atender con todos los sentidos para oír. *¿Viste?*, le dijo su voz. Y le volvió a pedir que se quedara en silencio, un momento más, no quería ver, quería seguir oyendo, sintiendo, estando con la montaña. Tomó un poco de agua con las manos, se mojó la cara y el cuello. Algunas gotas se escurrieron por su cuello y alcanzaron, ya tibias, su barriga.

—... lipe... —alcanzó a oír. Era Erny, lo llamaba desde adelante del camino. Lo alcanzó muy pronto. Estaba sentado en





un tronco caído y se comía una mandarina muy despacio—. ¿Quiere?

El jugo que salía de cada gajo era dulce y ácido. Perfecto. Se demoró todo lo que pudo comiéndosela. Trataba de seguir oyendo, la claridad, la transparencia y apenas se concentraba un poco la encontraba, ahí estaba.

Erny sacó un tarro de miel e hizo varios pozos en unas hojas enormes y duras que acomodó.

—Siempre le traigo algo de regalo —le picó el ojo. Felipe sonrió. Todo sonaba. Todo estaba bien. Había entendido. La claridad, la transparencia.

Me daba pena, vergüenza. La revista no era mía. Me la prestó un compañero del curso. Se la había prestado a todos. Faltaba yo. Cuando me la dio tuve miedo. Pero apenas empecé a mirarla no podía parar. El corazón me latía más rápido, se me ponía caliente el estómago. Nunca había visto fotos así. Cuando usted la encontró, mamita, no quise que pensara que era mía, por eso dije que era de mi tío. Yo qué iba a imaginarme que usted lo iba a echar de la casa por eso. No me imaginé que fuera tan grave. Perdóneme. Ya hablé con mi tío también. Ya le pedí perdón, pero no quiere volver a vivir con nosotros, consiguió otro sitio con unos amigos, dice que va a estar mejor, que ya no está bravo con usted ni conmigo. ¿Usted sigue brava conmigo? ¿Vamos un día a la montaña juntos?





# TODOS LOS RUIDOS SON PUMAS

Catalina Navas

Ilustraciones de Juan Camilo Mayorga

MIS PAPÁS SIEMPRE HAN CONTADO QUE YO NACÍ en Bogotá en el hospital de Meissen, que me trajeron pegado a mi mamá dentro de la blusa porque fui un bebé canguro. Dicen que contrataron un servicio expreso para traerme y que cuando llegué los vecinos me tenían regalos. Aunque esa sea la verdad, a mí me gusta pensar que yo nací aquí, en la región del Sumapaz. Al fin y al cabo, de aquí son mis primeros recuerdos.

Ojalá sí hubiera nacido aquí para poder poner, de primeras, esa frase en la tarea que me pidió Nirza y que me tiene sentado en la mesa del comedor con todo desplegado en desorden: mi borrador de nata, mi lápiz 2 HB y mi cuaderno rayado de Español. *Describe su región*, anoté yo mismo en el cuaderno. Ahí al lado, en lápiz rojo, puse que es para el lunes. Hoy ya es viernes. Miro por la ventana, afuera hace un día

precioso y los niños de Nazareth están echando cometa. Yo no puedo ir porque estoy aquí encerrado con mi cuaderno, pendiente de la tarea de Nirza.

No sé cómo empezar a escribir. Quisiera poder decir: *Cuando a mi mamá le empezaron los dolores de parto, mi papá llamó a la partera mientras la luz del sol se colaba entre las hojas peludas de los altos frailejones*. Escribiría los altos frailejones y no los frailejones altos porque así se oye más elegante, más de tarea y menos como cuando uno habla con un amigo. Eso de las hojas peludas mejor borrarlo, porque no hace juego con la elegancia de los altos frailejones.

Pero no puedo escribir eso. En primer lugar, porque Nirza sabe que yo nací en el hospital de Meissen y no entre los altos frailejones; y, en segundo lugar, porque si pongo eso ella va a saber que me lo copié del cuaderno de sociales donde anoté en esfero azul: *Hay regiones de Colombia donde el oficio de la partería se mantiene hasta nuestros días*. ¿Por qué son “nuestros”, esos días, si aquí el oficio no se mantiene? ¿No serán más bien los días de ellos?

Bueno, ya. Me pongo serio y dejo de preguntarme por las costumbres de otras regiones. Me siento bien derecho para que las ideas fluyan, voy por un saco de lana porque Nirza dice que uno no puede pensar bien si está frío, tajo el lápiz para que la punta quede bien afilada como me gusta.



No entiendo cómo hay niños que escriben con el lápiz romo y les queda esa letra gruesa y fea. Ya. Todo listo para escribir, pero, ¿qué hago si no se me ocurre nada para escribir? ¿Qué cuento? ¿Qué digo, si yo siempre he vivido aquí y no sé cómo describir “mi región”?

A ver. Hagamos una tarea sobre los animales de Sumapaz. Por la ventana veo un gato que se lame la pata frente a la tienda de doña Soledad, la que hace los panes de yuca más ricos de “mi región”; dos vacas, pero a nadie le van a importar las vacas porque vacas hay en todas partes, hasta en Suiza. De todas formas, escribo: *Lindo es oír el mu de las vacas dando su leche*. También veo un bichito de cuerpo transparente que se pegó a la ventana. ¿Sabrá volar?

¿Y si mejor escribo sobre las frutas y costumbres? Mi tío juega tejo. Carolina está en la liga de fútbol femenino y el próximo domingo tiene partido contra el equipo de Cabrera. Aquí se da silvestre la curuba. ¿Podré poner eso? No, nada tiene que ver con nada. Mejor me salgo a ver qué veo, de pronto caminando se me ocurre qué escribir. Antes de salir me prometo solemnemente a mí mismo:

1. No voy a quedarme echando cometa.
2. No voy a parar donde doña Soledad, hayan o no salido los panes de yuca calientes.

3. No voy a ir a tocarle la puerta a Dayana para que me acompañe a buscar inspiración.

Dayana es mi mejor amiga. Con ella nos reímos tanto que Nirza nos puso en esquinas opuestas para que no interrumpamos la clase. Aunque nos sienten lejos, nosotros hablamos por un sistema de señas que nos inventamos para no hacer ruido. Un dedo hacia abajo señalando el piso significa “qué chistoso eso”; un círculo con el índice y el pulgar como diciendo ok significa “¡qué fastidio!”; los dedos haciendo la señal de la victoria quieren decir que Ramírez, el que no nos cae tan bien por creído, está haciendo el ridículo en clase. Como somos muy hábiles nadie ha descifrado nuestro lenguaje secreto. Aunque Dayana sea mi mejor amiga, no quiero ir a verla porque seguro ya hizo la tarea completa y me voy a sentir mal por no haber escrito ni una palabra. Bueno, ya escribí cinco palabras: *Andrés Felipe Cifuentes Díaz, quinto A.*

“¡Janda!”, le digo a la perra de los vecinos para que no me vaya a morder. Resulta que hace un par de semanas tuvo perritos y ahora está brava y miedosa de que alguien se les acerque a los hijos. Cómo me les voy a acercar, si medio uno le pasa por el lado y gruñe, anda en círculos y muestra los dientes. Anotemos eso: en la historia de Lola furiosa se me van por lo menos dos párrafos, puedo incluso poner, aunque no sea



verdad, que *hay un cachorro que me mira con ojos lastimeros*, lastimeros quiere decir que con sus ojos trata de dar lástima, o sea como yo miro a Dayana cuando ella está comiendo papitas de limón y no me quiere dar. Luego podría escribir que cuando el cachorro me miró con su carita yo me lo quise llevar para la casa, pero mi mamá no me dejó tenerlo y yo me puse a llorar *con grandes lagrimones*. De pronto lo de los lagrimones conmueve a Nirza y me pone un sobresaliente porque “¿cómo va uno a ponerle una nota mala a un niño triste porque no lo dejan tener una mascota de ojos lastimeros?”, diría Nirza. Anotemos lo del perrito falso también.

Salgo corriendo, paso por la cancha donde más tarde habrá torneo femenino de fútbol, paso por el frente de la casa de doña Soledad, me pongo la capota para que no me vea y no me vaya a llamar. Bajo corriendo en zigzag porque es más fácil y me gusta, paso por los cultivos de tomate de árbol, de curuba y de arveja. En agosto Sumapaz está florecido: hay flores moradas y blancas más grandes que mi mano. Recojo flores con cuidado y las meto en el cuaderno porque si las pongo a secar entre las páginas de la enciclopedia luego puedo pegarlas en la parte de atrás de la tarea y seguro me va mejor.

Mientras busco una flor bonita, una que no tenga mordidas de animal ni pedazos muertos se me ocurre la idea ganadora que salvará mi tarea y me dará un *Excelente*. Decido ir a la casa



de mi tío Aníbal, el hermano de mi mamá que vive en la vereda Los Ríos y es la persona que mejor me cae en esta región. Decido irme para allá y preguntarle “¿Aníbal, se acuerda de cómo era aquí cuando usted era pequeño?”. De pronto él me cuenta una historia vieja donde salgan animales y yo puedo decir que fui yo, que me pasó a mí. Y entonces ahí sí quién dijo Andrés Felipe el mejor de la clase, Nirza me pondrá un sellito de pato que significa “Siga así, excelente”. A mí no me importan tanto las notas, pero me gusta ver los sellos de pato en mi cuaderno. Arriba no lo puse, pero en Sumapaz también hay muchos patos que no tienen dueño o, mejor dicho, son dueños de ellos mismos y se ven en las lagunas del páramo. “¡Consuma la cabeza, Andrés Felipe, consúmase, que el frío le sienta bien!”, me dijo Aníbal un día que fuimos a bañarnos al río Chochal. ¡Qué frío! Pero igual me consumí y para darme ánimo me imaginé que yo era un pato de las lagunas que meten la cabeza, la sacan, se sacuden y siguen nadando.

Aquí las lagunas se ven ahí nomás, no como en otros sitios donde toca subir o caminar mucho para verlas. En Sumapaz están a la entrada, o a la salida, depende de para dónde vaya uno. Laguna Larga se llama así porque es como un río y si uno se para en el borde no le ve el final. También está la laguna de Los Tunjos, que le pusieron así porque dicen que en el fondo hay tesoros muiscas. Nadie se ha atrevido ni se

atreverá nunca a desaguar estas lagunas como sí se ha hecho en otras partes donde han metido máquinas para dizque encontrar tesoros. Tesoro son las lagunas como están y nadie toca. Hay otras lagunas también, más lejos y más alto, pero a esas nadie va nunca porque no todos los lugares son para ir y conocer. Nirza nos ha enseñado que hay lugares que están bien solos, en silencio, sin que ningún humano los vea y les pise el musgo y les haga caminos entre los frailejones.

Llego al río y me quedo oyéndole el bramido del agua contra las piedras, le veo la espuma que se le forma en remolinos blancos: es el aire que se queda atrapado debajo de la superficie y forma burbujas que al intentar subir se ven blancas. El río Chochal tiene piedras redondas y grandes desde las que nosotros nos tiramos al agua en diciembre cuando hace más calor. A pesar de que el sol queme y ponga las mejillas y los hombros rojos, el agua sigue helada y es como un golpe en la espalda cuando uno se mete. Eso pasa porque el agua baja de la montaña y de las partes más frías del páramo donde no hay casas sino kilómetros de frailejones para donde uno mire. Yo no conozco el mar, pero así debe ser, un mirar para todos lados y que solo se vea el agua, como con los campos de frailejones.

Después de pasar el puente, que ahora es metálico y firme, y que antes eran unos troncos secos atravesados, me toca empezar a subir. Como ayer llovió, el barro no se ha secado del todo

y me toca irme por el borde, por el pasto junto a los potreros por donde no pasan las bestias. Si camino por el borde no me embarro los zapatos ni las botas de los pantalones. “Por los zapatos limpios se conoce al caminante”, dice Aníbal. Yo todavía me ensucio, pero hay que ver los zapatos de la gente que viene de Bogotá urbana, ahí yo me río porque aunque no sea invierno y los caminos estén secos los visitantes se ensucian hasta la rodilla. Uno los ve luego todos afanados por no embarrar el carro en el que vinieron.

A decir verdad, la gente que viene de afuera es poca. A Sumapaz no vienen turistas porque no nos gusta que anden por el páramo pisando matas y ensuciándolo todo. No hay hoteles y no hay restaurantes para los que no son de aquí. Haber nacido en Sumapaz es como haber nacido en un reino misterioso, de esos que salen en los cuentos que yo leo en la biblioteca y hablan de reinas y ogros en lugares que quedan lejos. A la gente de la ciudad le toca imaginarse Sumapaz, como cuando uno lee un cuento y se imagina lo que pasa. Yo, en cambio, nací aquí, lo veo y lo camino todo, estoy de este lado del libro. La diferencia es que no hay dragones ni cocodrilos, sino tigrillos, águilas y lagunas calladas que nadie puede visitar.

Una vez sí vi un venado soche, un venado que parece un perrito y es difícil de ver. Iba yo para la casa de Dayana y me

fui por los desechos, que son los caminos que hay entre una finca y otra y sirven solo para la gente, y cuando estaba pasando por un alto, vi un arbusto moverse con un movimiento rápido, como si las hojas se hubieran asustado. Miré con más cuidado y vi al animalito, más pequeño que un perro mediano, y me quedé quieto, porque uno solo puede mirar con atención si está quieto. Lo vi oler una ramita, levantar la mirada y salir a correr despavorido.

Otra cosa que puedo poner en mi tarea son las hojas secas de varias plantas que la gente de aquí usa para distintas cosas. Esa que se siente ahora mismo, en el aire, que huele a perfume, a humedad y medio a pecueca, es el árnica. Mi mamá la recoge, pone a hervir agua y cuando ya hace burbujas se la echa encima a las plantas recién cortadas. Esa agua tibia me la pone en pañitos en las partes donde me he pegado o tengo raspaduras. Hace varios años, mi hermano Roberto casi se mata bajando en bicicleta. Bueno, matarse matarse no, pero sí se raspó la cara, la rodilla, el hombro y el codo. De milagro llevaba el casco que no le gustaba ponerse porque decía que se veía ridículo. Mi mamá se lo trajo en la moto de un vecino, lo metió a la ducha como si fuera un niño chiquito, le quitó toda la arena que le había quedado pegada y a punta de pañitos de árnica y cuidados lo dejó otra vez listo para montar bicicleta y sin una sola cicatriz. Esta otra que parece





un frailejón enano porque tiene las mismas hojas peludas se llama vira-vira, calma las alergias de la piel y cura la soriasis. Pienso en mi amiga Dayana que tiene los codos rucios y resecos, a ella sí que le aprovecharían unos pañitos de vira-vira para que no se le pongan escamosos y rojos. Eso no lo puedo poner en la tarea porque de pronto lee Nirza ese pedazo en voz alta y todos se burlan de mí por andar pendiente de los codos resecos de Dayana.

Allá después de un recodo veo la casa de Aníbal y me pongo a correr. Mi tío sale y me dice que esta noche vamos a ir a caminar para que yo pueda escribir mi tarea. Nos sentamos a tomar mazamorra dulce hecha con maíz fermentado, panela y queso campesino. A mí me gusta saborear la sopa dulce y luego quitarme el calor de la boca con el queso y así hasta que se acaba el plato y ya es hora de salir a caminar. Solo llevamos almojábanas para la noche. La idea es devolvernos apenas amanezca.

Aníbal dice que hace muchos años, cuando caminaba más que ahora, se fue con amigos a Cubarral por caminos que ya se han borrado. Dice Aníbal, pero yo no sé si sea verdad, que esa vez pasó por debajo de cañones altos desde donde lo miraba un puma. Yo pumas solo he visto en internet, pero mientras caminamos me parece que todos los ruidos que oigo son pumas que nos acechan. Al llegar ya se ha hecho de

noche y tenemos que extender la carpa con la linterna que lleva Aníbal en la frente.

No me doy cuenta en qué momento me quedo dormido, pero sí tengo muy claro que me despierto por el sonido de muchos pájaros nocturnos, chillidos que vienen de la montaña que rodea la laguna y nos protege del viento helado del páramo. Jalo de la chaqueta a Aníbal, que abre la cremallera de la carpa y se queda sentado escuchando. “Son las dantas de páramo, Andrés Felipe, que a esta hora de la noche hacen ese ruido que no es de pájaro sino de mamífero grande”. Qué pesar no haber visto una danta nunca, ni en fotos. Para mi tarea busqué el oso de anteojos, el venado cola blanca y el puma que Aníbal dice que sí vio. Me dice mi tío que las dantas son primas del caballo y del rinoceronte, pero que son más pequeñas y tienen pezuñas para agarrarse a las piedras y terrenos resbalosos de Sumapaz. ¡Uy! ¡Cómo serán las dantas que no me las puedo imaginar! ¡Difícil imaginarlas si parecen un rinoceronte y un caballo enano! Mañana cuando vuelva a mi casa y me siente a escribir busco una en internet y la copio en la tarea. Como yo no dibujo tan bien, me toca pegar una hoja blanca a la pantalla del computador y copiar el contorno. La puedo colorear bien bonita. Ojalá las dantas tengan colores, rayas o manchas, porque, ¿cómo dibuja uno un animal que es todo gris? Parece que fuera uno perezoso,



pero no, es que el animal es así, como los elefantes. O como los ratones chiquitos del campo.

Después de ponerles cuidado a las dantas me entra el sueño, pero antes de meterme en la carpa miro al cielo y veo ese reguero blanco de estrellas que siempre vemos aquí. La gente que vive en la Bogotá urbana no puede ver la Vía Láctea porque allá las luces de las calles, los carros y las casas son más intensas que la luz de las estrellas; en cambio, en Sumapaz, las noches son oscuras y cuando no hay luna se ve el cielo estrellado y luminoso.

Volvemos a la casa de Aníbal andando por los caminos que solo los sumapaceños conocemos. Los senderos de acá, las lagunas, las extensiones interminables de frailejones, pasan mucho tiempo solos sin que nadie los visite y les haga ruido. Yo estoy seguro de que hay muchos sitios de aquí que no han visto una persona en muchos años, a esos lugares ninguno de nosotros necesita ir porque es suficiente con imaginárnoslos.

Mañana, cuando me siente a escribir mi tarea, quiero poner esto del silencio, de pronto dibujar una laguna sin gente, una manada de dantas que nadie ve. Dibujar eso es fácil, pero, ¿cómo escribe uno de un lugar que no se puede visitar, de un lugar callado en el que no se oyen pisadas sino solamente el ruido de las dantas en la noche?

Algo ya se me ocurrirá. Vuelvo a casa corriendo.

# MI MUNDO EN UN PARQUE

Eduardo Otálora Marulanda

Ilustraciones de Gabriela Otálora

## EL PARQUE QUE NO ERA PARQUE

El primer parque del que tengo memoria quedaba en el edificio donde vivían mis abuelos maternos y mi tía. Era una torre alta en el centro de Bogotá, frente al Parque de los Periodistas. Iba mucho allá porque estaba cerca del jardín donde estudiaba y, cuando mis papás no podían cuidarme, mi abuela y mi tía se encargaban de mí.

El apartamento era grande y muy lindo, con unas escaleras largas que bajaban desde la entrada hasta la sala. Tenía un techo altísimo y unos ventanales enormes con vistas a la ciudad y a Monserrate. Ese apartamento era como un sueño para mí, que vivía en uno pequeñito donde apenas cabíamos mi papá, mi mamá y yo.

En las escaleras del apartamento de mis abuelos jugaba con mis carritos. Cada escalón era un reto que debían superar y,

cuando los superaban todos, cuando subían hasta el último escalón, los lanzaba para verlos volar y dar vueltas, como en las películas de acción.

Recuerdo que también me gustaba meterme entre las patas de la mesa del comedor. Imaginaba que se transformaban en la cabina de un helicóptero y que yo era el piloto. Entonces viajaba por todo el mundo haciendo misiones de rescate y ganando combates, de nuevo, como en las películas.

Pero, como pasa con todos los niños, terminaba por aburrirme y empezaba a molestar, a llamar la atención haciendo maldades: jugando con la colección de máscaras que tenía mi abuela colgada en las paredes o prendiendo los inciensos de mi tía imaginando que eran Chispitas Mariposa. Insoportable, como cualquier niño aburrido encerrado en un apartamento en el centro de Bogotá. Entonces mi tía, seguramente desesperada, utilizaba el truco mágico que adormila todos los ímpetus de un niño inquieto: el televisor.

Como eran otros tiempos, no había tantos canales como ahora, con una programación variada y pensada para niños. Ni mucho menos había aplicaciones para ver televisión por demanda. Eso ni se soñaba en esa época. Lo único con lo que contaba mi tía era con las telenovelas de la tarde, que eran absolutamente insufribles, y con la única película que había comprado en vhs: *El imperio contraataca*. Naturalmente

escogíamos la película. La vi no sé cuántas veces, tantas que también terminé por aburrirme de ella. Y volví a molestar.

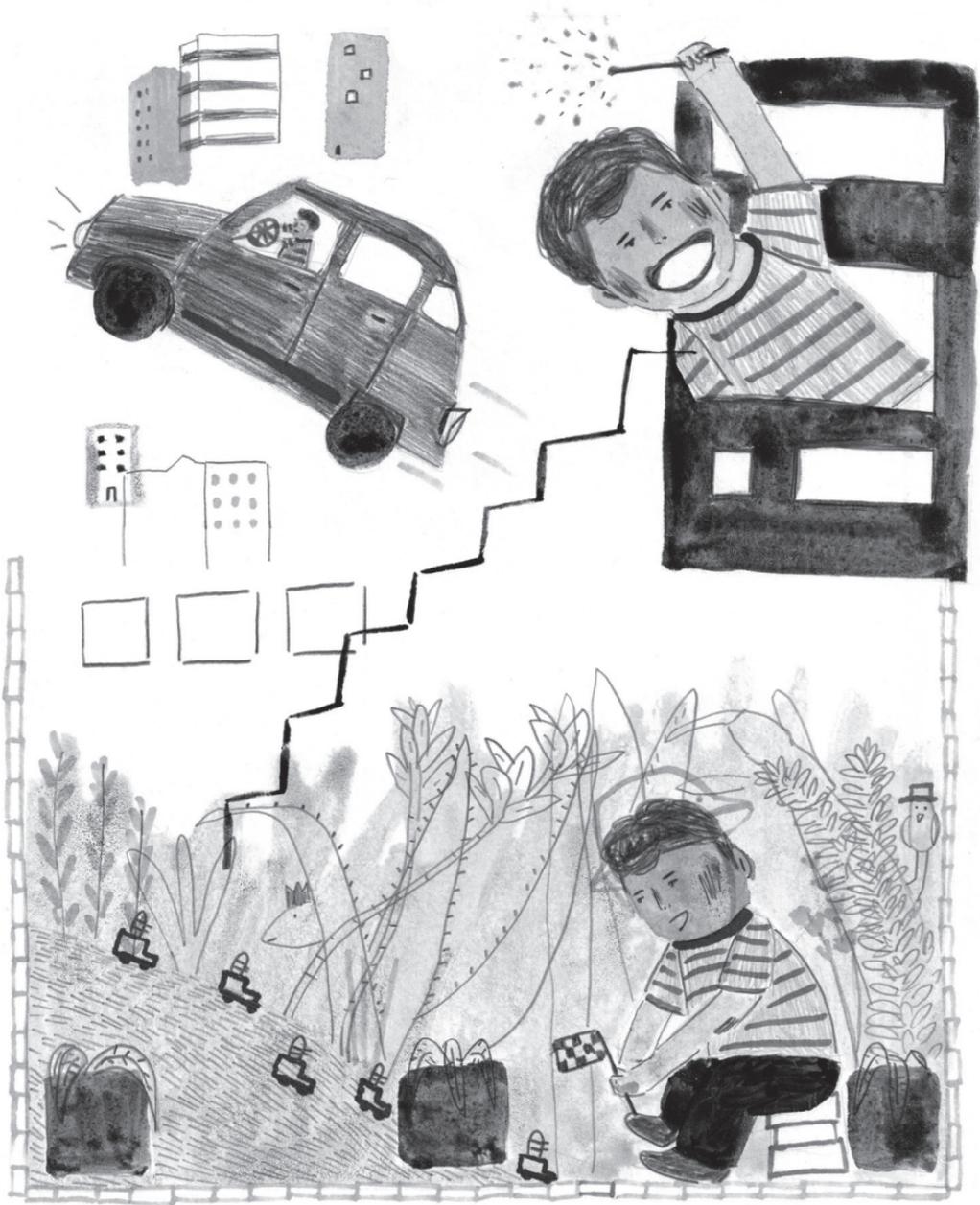
Fue entonces cuando a mi abuela se le ocurrió la mejor idea del mundo:

—Que baje a jugar al parque —le dijo a mi tía—, para que deje de joder.

Y mi tía bajó conmigo al parque, que no era un parque.

Era el patio del edificio, que estaba más allá de la recepción; un espacio sin techo y rodeado de paredes de ladrillo. Un cajón de piso de baldosas rústicas con paredes altísimas y unas pequeñas ventanas grasientas que daban a las cocinas de unos restaurantes chinos que había en el primer piso del edificio. Tenía tres materas gigantes en las que se marchitaban algunas plantas y prosperaban los marranitos de tierra. Al fondo de ese cajón de ladrillos había unas escaleras que subían a una especie de rampa que, volteando a la derecha, daba a una reja que se asomaba a la calle.

Recuerdo que en ese entonces las escaleras me parecían la puerta a una dimensión desconocida, a un mundo paralelo donde la ciudad estaba habitada por cangrejos, hormigas y vampiros robóticos. Con el tiempo entendí que todo era parte del diseño del edificio, que las escaleras servían para subir el nivel del piso y para que la entrada al sótano de parqueaderos fuera lo suficientemente alta para que pasaran los carros.



Pero esa es la parte aburrida de la historia. La parte entretenida es que esa caja de ladrillos era para mí el parque más maravilloso del mundo. No me importaba que el piso estuviera sucio por el esmog de la ciudad, o que de las ventanas que daban a los restaurantes de vez en cuando se asomara una cucaracha y se quedara pegada en la grasa negra y coagulada. Nada de eso importaba, porque en ese patio, en mi parque de ladrillos, había aire y luz y viento y, a veces, hasta gorriones que se aventuraban a picotear en las materas para comerse a los marranitos o palomas perdidas que seguramente iban rumbo al parque y se quedaban encerradas entre esas cuatro paredes.

Era mi lugar favorito en el mundo. Hasta convencí a mi mamá de que lleváramos mi triciclo rojo para correr como un loco sobre esas baldosas rotas, porque mi parque de ladrillos también se convertía en pista de carreras. Podía ser lo que yo quisiera. Allí entendí que ese es uno de los secretos mágicos de los parques: pueden transformarse en cualquier cosa, el límite es la imaginación de un niño.

## EL PARQUE DE LOS NIÑOS MALOS

Cuando tenía seis o siete años mis papás compraron un apartamento en un conjunto de interés social en el suroccidente de Bogotá. El conjunto era inmenso, tenía dieciocho bloques

y cada bloque estaba compuesto por tres interiores, cada uno con cinco pisos y cuatro apartamentos por piso. Haciendo cuentas alegres, eran más de mil apartamentos. Si imagino que en cada apartamento vivían tres personas, como en el mío, en ese conjunto convivíamos al menos tres mil personas. Qué cifra. Al menos tres mil personas caminando por los senderos peatonales, compartiendo parqueaderos, yendo a las tiendas y teniendo una vida.

Por supuesto había un parque para todos nosotros, uno gigantesco, con caminos de cemento que, la mayoría de las veces, se usaban como pistas para las bicicletas. También tenía una cancha de baloncesto y microfútbol; más allá, un enorme campo de fútbol. Para los más pequeños había algunos juegos, unos medio escondidos en un rincón; otros, nuevos y relucientes, cerca de la cancha de baloncesto.

Apenas nos mudamos a ese conjunto, lo primero que quise fue ir al parque. Mi mamá me llevó. Eso sí, con una buena chaqueta por si hacía frío. Yo me puse mis tenis nuevos, que acababa de regalarme mi tía y que, dijo, me harían correr más rápido que un rayo. Estaba emocionado. Por primera vez sería dueño de un parque. Era natural que creyera que fuera mío: si el apartamento era nuestro, también lo era el conjunto y, por supuesto, igualmente el parque.



Bastó cruzar la puerta de entrada para darme cuenta de que las cosas no iban a salir como me las soñaba. El parque de los niños que estaba cerca de la cancha de baloncesto, el del pasamanos brillante y rodadero nuevo por el que me quería lanzar, estaba ocupado por un grupo de adolescentes que hablaban duro y jugaban a ver quién volaba más alto en los columpios. Se podía escuchar cómo crujían las bisagras, cómo lloraban. Esos muchachos estaban asesinando a mis columpios.

En la parte alta del rodadero, que todavía tenía impecable la pintura amarilla y roja, había un muchacho montado en un monopatín preparándose para lanzarse, como si mi rodadero fuera una rampa para acrobacias. Abajo lo esperaban algunas muchachas y lo animaban a que se lanzara. Todo parecía una escena de video musical de los ochenta, de esos en que la música era chillona y me hacía doler los oídos.

El muchacho se lanzó por el rodadero y las ruedas de su monopatín dejaron heridas profundas en la superficie metálica. Las muchachas lo aplaudieron y otro se subió para intentar superar la proeza. Los odié. Quise ser un gigante con colmillos de diamante que los cogía entre los dedos y les masticaba las cabezas, como si fueran uvas pasas.

Entonces fuimos con mi mamá al otro parquecito para niños, el que estaba al fondo y que colindaba con la unidad residencial vecina. Este era de cemento, como un parque-fósil

de hace veinte mil millones de años. Pero, pensé en ese momento, al menos era un parque y estaba solo para mí. Subí al rodadero, me senté y miré alrededor, sintiendo que todo lo que veía eran mis dominios. Inhalé profundo ese aire que me pertenecía y me lancé por el rodadero. Bajé rápido, más de lo que esperaba, sintiendo un intenso vacío en el estómago. Fui feliz. Por eso corrí a subirme de nuevo y a lanzarme. Así como unas veinte veces, hasta que mi mamá me llamó para decirme que me cerrara la chaqueta.

Al bajar la mirada para subir la cremallera de la chaqueta, noté que mis zapatos nuevos estaban pelados en los costados. Y ni qué decir en los talones. Ahí se les había borrado la marca y se alcanzaba a ver la pelusita del cuero. Entonces entendí por qué nadie jugaba en ese parquecito.

Mi alegría me costó arruinar el par de zapatos nuevos. Lanzarse por ese rodadero era como restregarse en un papel de lija gigante. Empecé a llorar pasito. Mi mamá me preguntó qué me pasaba. No le dije lo de los zapatos, solo respondí que quería irme para la casa, que estaba aburrido del parque. Nos fuimos.

No volví a salir sino hasta varios años después, cuando tenía como trece.

Por alguna razón, aunque soy bajito, en la adolescencia me dieron ganas de jugar baloncesto en el colegio. Y no lo hacía

nada mal, así que decidí entrenarme por las tardes en la cancha del parque. Un día llegué del colegio, almorcé, me puse una sudadera, cogí mi balón y le dije a mi mamá que iba al parque a jugar. Me miró de arriba abajo y, entre sorprendida y risueña, me dio permiso para salir.

Llegué al parque convencido de que estaba a punto de cambiar mi vida. Y en cierto sentido así fue. En un lado de la cancha había un grupo como de seis muchachos jugando microfútbol. En el otro lado estaban tres grandulones haciendo lanzamientos al aro. No sabía si pedirles permiso para lanzar o sencillamente hacerlo, no conocía las reglas de esa cancha.

En mi colegio lo que hacíamos era que los grandes se quedaban con las canchas más chéveres y nosotros, los menores, jugábamos en las del fondo, las que tenían las mallas rotas y el piso desgastado. Ahí empezábamos a lanzar sin pedirle permiso a nadie, porque todos éramos igual de insignificantes. Entonces hice lo mismo en la cancha del parque. Me ubiqué en una de las líneas de lanzamiento, planté firme los pies, doblé un poco las rodillas, puse el balón sobre mi cabeza y lancé. Lanzamiento perfecto. Nítido, como decíamos en el colegio. Sentí que los grandulones me voltearon a mirar. Hice como si no me importara y corrí a recoger el balón. Volví a ubicarme y lancé de nuevo. Otra vez una cesta perfecta. Y así como diez lanzamientos más. Entonces empecé

a practicar doble ritmos. Fallé algunos, pero muchos entraron y eso fue suficiente para que uno de los grandotes se me acercara y me dijera:

—¿Jugamos o qué?

—Juguemos —respondí más seguro de mis palabras de lo que nunca había estado en la vida.

Y jugué.

Al grandote que me habló lo llamaban Conejo. Debía ser por los dos enormes incisivos que sobresalían en su boca y por la nariz pequeña, rosada y llena de pecas que tenía. Me tocó en el mismo equipo con él. No lanzaba con mucho estilo, pero era efectivo. Yo tenía buena técnica, pero era bajito. Una combinación extraña, que de todos modos funcionaba. Ganamos los tres partidos que jugamos esa tarde. Cuando empezó a hacer frío, le dije a Conejo que me tenía que entrar. Me lanzó el balón y me dijo:

—Salga mañana y jugamos.

Naturalmente salí al otro día y al siguiente también y así toda la semana. De ese modo fui descubriendo que Conejo era el jefe de una pandilla y que tenía su pelea pactada con los que jugaban micro, liderados por un tal Ángel. El trato era que los del micro no se metían al lado de los del baloncesto y los del baloncesto no nos metíamos al lado de los del micro. Si esa regla se respetaba, todo estaba bien.

Sin embargo, un día todo cambió. Cuando llegué a la cancha estaba completamente ocupada por los del micro. Habían traído más gente para jugar. Cuando llegó Conejo y vio eso se devolvió para su casa y regresó a los pocos minutos con los grandulones de siempre y otros que yo no había visto hasta ese momento. Se fue directo a donde Ángel y lo careó. Se miraron con los ojos afilados, inclinando las cabezas como si se las quisieran estrellar.

Ángel fue el primero en golpear. Empujó con fuerza a Conejo y casi lo tumbó. En ese momento los grandotes con quienes jugaba baloncesto se fueron corriendo a pararse detrás de Conejo. Lo mismo hicieron los micreros, pero detrás de Ángel. Yo me quedé al borde de la cancha apretando mi balón, con curiosidad, pero también muy asustado.

Cuando Conejo sacó la navaja y amenazó a Ángel el miedo le ganó a mi curiosidad y salí corriendo hacia la casa. No le conté nada de lo que pasó a mis papás ni tampoco volví a salir al parque a jugar baloncesto ni a nada. De vez en cuando me cruzaba con Conejo o con alguno de los grandulones en los senderos peatonales del conjunto. Nos saludábamos con alegría. Siempre me invitaban a que saliera a jugar al parque con ellos, pero nunca lo hice. La navaja de Conejo me enseñó a tenerles miedo a los parques.



## EL MEJOR PARQUE DE BOGOTÁ

Mi papá empezó cinco carreras universitarias. La única de la que se graduó fue Antropología, en la Universidad Nacional, sede Bogotá. Nunca se lo he preguntado, pero creo que en eso influyó el campus de la universidad. Puedo apostar una mano a que desde que entró por primera vez quedó cautivado. Aún hoy ama esos potreros gigantes, las vacas, los caballos y las ovejas pastando por ahí, el olor a tierra mojada cuando llueve y la tranquilidad de sentirse tan libre como en la casa. Aún hoy, cuando está por cumplir setenta años, va una o dos veces a la semana a la universidad a montar en bicicleta o a jugar tenis en unos muros que hay en los costados de la concha acústica. Es, por decirlo de alguna manera, su club.

Desde que tengo memoria íbamos a la universidad al menos uno de los fines de semana del mes. Mi papá quedaba de verse con sus compañeros de carrera para jugar fútbol y, luego, tomarse unas “polas” en alguna de las tiendas de los alrededores. Mientras ellos jugaban, yo me quedaba con mi mamá en la carpa que armábamos en uno de los potreros.

Recuerdo que cuando tenía como cuatro o cinco años (por la misma época en la que amaba el parque de ladrillos en el edificio donde vivían mis abuelos) me gustaba llevar a los paseos a la universidad un carrito de impulso que adoraba. Era

un Jeep amarillo que sonaba como una matraca. Era poderosísimo, podía superar casi cualquier obstáculo: rocas, arenas, ramas y hasta las montañas que le hacía con el pasto cortado de los potreros. Era un campeón.

Todo estuvo bien hasta una mañana en que dejó de subir las montañas de pasto. Se quedó quieto, como asustado, y la matraca de su motor sonando como sin ganas. Busqué a mi mamá para pedirle ayuda, pero no supo qué era. Entonces fui donde mi papá con el carro entre las manos, para que lo revisara. Pero me dijo que luego, que estaba jugando, que cuando terminara el partido.

Él era un hombre de herramientas. Tenía en su pequeño estudio un espacio de taller de carpintería y otros oficios. Ahí construía muebles, tallaba barcas de madera, se inventaba instrumentos musicales y, por supuesto, arreglaba lo que se dañaba en la casa. No siempre le salían bien los arreglos, pero era emocionante verlo con los cables y el cautín intentando salir de los enredos en que se metía.

Entonces esperé a que llegáramos a la casa para que reparara mi carro. Pero esa tarde llegó muy cansado del partido y no lo arregló. Y durante la semana tampoco lo hizo porque tuvo mucho trabajo en la oficina. Y el fin de semana siguiente tampoco porque viajamos a Tunja a visitar a mis abuelos paternos. Y el siguiente tampoco porque volvieron a armar

la “jugarreta” y salimos temprano de la casa para la universidad, a guardar canchas en el mejor potrero.

A esa “jugarreta” yo ya no quería ir porque no tenía mi Jeep amarillo. Me iba a aburrir como una morsa viéndolo jugar fútbol en el “mejor parque de la ciudad”, como le decía él. Hubiera preferido quedarme solo en la casa con la televisión. Pero era muy pequeño para eso y, entonces, me tocó ir a aburrirme en esos potreros gigantes, divertidos para los que les gusta correr detrás de la pelota, pero no para mí, que quería jugar con mi carrito o, al menos, bajar por un rodadero o volar en un columpio. Nada de eso había en la Universidad Nacional. Entonces odié ese “parque”.

Sin embargo, todo cambió cuando mi mamá se dio cuenta de lo que me pasaba y, luego de armar la carpa, me invitó a conocer las casas de los animales. Así las llamó.

En esa época uno podía entrar con cierta libertad a los establos de la facultad de veterinaria y zootecnia. Así que, mientras mi papá jugaba, mi mamá me llevó a pasear por allá. Fue maravilloso. Había en la entrada un caballo amarrado, como de dos metros, que nos miró con curiosidad y buscó con la cabeza la mano de mi mamá para que lo consintiera. Ella me levantó para que yo también lo pudiera acariciar y me gustó la suavidad de su pelo y el olor. No puedo describirlo, pero era como olor a vida, a algo que late y disfruta de correr.

Luego del caballo fuimos a un corral que estaba lleno de cabras juguetonas que asomaban las narices y las bocas por entre las tablas. Sacaban las lenguas, como queriendo lamerlos. Mi mamá las dejó y me invitó a que yo también me dejara. Me hicieron cosquillas con sus lenguas carrasposas y mojadas. Pronto empezaron a balar las ovejas que estaban en otro corral y fuimos a consentirlas. Ya sin miedo, metí las manos entre las tablas y les apreté la lana. Era áspera y muy caliente. Daban ganas de que hiciera frío para quedarse ahí, abrazando esa cobija viva.

Así pasamos el día. Esa tarde salí contento de la universidad y solo me acordé de mi Jeep cuando volvimos al apartamento y lo vi en el cuarto, esperando ser reparado. Ahí se quedó mucho tiempo, porque empecé a pedir que fuéramos a la universidad todos los fines de semana para ver los animales y visitar los potreros. Incluso, cuando íbamos, a veces me les escapaba a mis papás para meterme en los establos. Creía que ellos no se daban cuenta, pero seguro estaban con un ojo sobre mí, dándome la libertad de tomar mis propias decisiones, quizás asentando los primeros pilares de mi independencia.

Así empecé a amar a la Universidad Nacional. La amé, la amo tanto que decidí estudiar en ella. Al principio me incliné por Veterinaria, por supuesto, para estar con “mis” animales. Pero la adolescencia hizo lo suyo y terminé estudiando

Filosofía. Entonces empecé a ir al “mejor parque de la ciudad” no solo los fines de semana, sino todos los días. Aunque solo tuviera una clase, me quedaba todo el día por ahí: conversando, jugando fútbol, lanzando un frisbi o dándole de comer a la yegua que se metía en la cafetería del edificio de sociología. Era una potranca dorada y muy cariñosa que se acostumbró a comer las sobras que quedaban sobre las mesas.

Aún ahora voy a la universidad, al menos, una vez a la semana, a dar mis clases. Ya no entro a los establos porque, como es de esperarse, hay que pedir autorizaciones. Pero siempre paro a saludar cuando me encuentro con alguna oveja o caballo o vaca o cabra. Son viejos amigos, nos conocemos de toda la vida. Y esos potreros son lo más cercano que tuve por mucho tiempo al contacto con la naturaleza, a esos paseos “a la finca” que tenían otros niños.

## UN PARQUE PARA SER PAPÁ

En 2015 nació mi hijo y la vida, que iba más o menos tranquila, de pronto se convirtió en una montaña rusa con triple giro de tirabuzón y saltos al vacío en cada día. Durante sus primeros meses una de mis tareas diarias era sacarlo a pasear para que hiciera las siestas. En ese entonces teníamos a Ferusa, una perra que me había acompañado por diez años y que, sagradamente, debía sacar a pasear por las mañanas y



las tardes. Así que junté las dos tareas y, entonces, salía con mi perra bien amarrada y mi hijo guardadito en su cargador. Íbamos a caminar a los parques cercanos a la casa: el Park Way, el Parque Simón Bolívar, el Parque Nacional y, por supuesto, la Universidad Nacional.

El plan era sencillo: buscar lugares con senderos peatonales, vegetación, silenciosos (para que no se despertara mi “criaturro”) y limpios (para que no se volviera una miseria mi perra).

Caminando por esos parques encontré algo que no imaginaba: un lugar de reposo y hasta de creación. En las caminatas se gestó una novela. Lo que hacía era que, mientras mi hijo dormía, pensaba en lo que tenía pendiente por escribir, le daba vueltas, lo imaginaba de una y otra forma hasta que sentía que tenía algo “sólido”. Entonces empezaba a redactar mentalmente y a repetirme las frases una y otra vez hasta memorizarlas, para poder redactarlas apenas tuviera unos minutos.

Y eso fue solo posible porque había parques. No lo habría podido hacer encerrado en el apartamento o madrugando mucho o trasnochando hasta el amanecer. Solo se logró en esos espacios que se convirtieron en mi lugar de armonía entre el mundo de afuera y el de adentro. Quizás por eso empecé a sentir que los parques eran, también, lugares mágicos. Como pequeños refugios de naturaleza que los humanos creamos en nuestras moles de civilidad y concreto para recordar que

existe la vida independiente de nosotros, de nuestra artificialidad. En los parques recordamos que hay VIDA.

En los parques los cantos de los ruiseñores son de verdad, las miradas feroces de las mirlas son genuinas, los vuelos de las mariposas no necesitan aeropuertos ni pistas, las arañas se cuelgan de las ramas y tejen casas sin necesidad de licencias de construcción, las orugas se esconden donde se les da la gana y nadie llega a sacarlas a patadas a la mitad de la noche. De alguna manera, los parques son lugares donde habita la verdad de la existencia.

Esto suena muy filosófico, lo sé, pero la idea empezó a tener más sentido cuando mi hijo dejó de ser un bebé que cabía en el cargador, empezó a caminar y, como yo a su edad, a necesitar salir del apartamento.

Y nos fuimos al parque.

Primero lo vi gateando y revolcándose en el pasto, en pasto de verdad. Luego persiguiendo insectos, de los que escapan y pican si se asustan. De los de verdad. Más adelante lo vi recogiendo hojas del piso, de las que cambian de colores, de las que se caen de los árboles porque el ciclo de la vida es así. Entonces le tuve que explicar por qué se ponían amarillas y, por supuesto, terminamos hablando de semillas y enfrentando el eterno enigma de cómo puede existir un árbol gigante en algo tan pequeño como una semilla.





Lo vi descubriendo el mundo en un parque.

Ahora, que ya es grande y todavía más aventurero, se trepa en todos los juegos y salta de un lado para otro. Pero también siente que los parques de la ciudad se le quedan pequeños y por eso hemos empezado a recorrer los parques naturales que rodean Bogotá. Ya nos aventuramos en los bosques de niebla de Chicaque, en las alturas de Pionono y en la belleza de Chingaza. Allá entendió que las nubes son como ríos voladores, que aterrizan en las hojas de los frailejones para convertirse en hilos de agua, que se juntan y se juntan hasta transformarse en quebradas y ríos. Caminando en un parque entendió el milagro del ciclo del agua y por qué debemos cuidarla.

Así abrió la puerta a una curiosidad inagotable, una que ya no puede ser contenida por las paredes de un apartamento ni por las pantallas del televisor o el computador. Ahora tiene ganas de explorar. Y yo, aunque tengo un espíritu sedentario y recelo a la aventura, busco parques para que vayamos en familia a que trepe, pregunte y, ojalá, descubra que vive en un mundo de verdad.

# EL LARGO VIAJE DEL COPETÓN

Celso Román

Ilustraciones de Lorena Bayona

*A Pilar Lozano, que me sugirió para este vuelo.*

*Al cuello de cada hombre hemos atado un ave.*

(Corán 17,13)

## EMPRENDIENDO EL VUELO

Esta es la historia de una pareja de pajaritos copetones que fueron separados por un fuerte ventarrón de agosto en Bogotá. El copetón tuvo que recorrer un largo camino, desde el lejano páramo donde lo dejó el viento, para retornar al hogar con la ayuda de muchas aves.

Los copetones vivían entre los helechos y los geranios del balcón de un artista, que les mantenía un recipiente con agua limpia y otro con semillas de alpiste, maíz y trigo molidos, además de migas de pan.

Cada madrugada escuchaba el canto melodioso de los copetones cuando empezaban su concierto el amanecer, a la



hora en que el frío de la noche bogotana levantaba un tenue manto de neblina. En compañía de su esposa y los dos hijos —Lina y César—, seguía con atención el amor de los pajaritos desde cuando empezaron a llegar trayendo con el pico ramitas y briznas de hierba seca para construir su nido.

Una vez terminado, lo abullonaron por dentro con hilos, pelos y plumones, y allí la pajarita puso tres huevitos de color verde pálido, ligeramente azulados, con pequeñas manchas de tono castaño, casi lila.

Desde la ventana que daba al balcón y sin hacer ningún ruido, miraban atentamente los copetones para que los niños pudieran dibujarlos en sus libretas, lo que llamaban “Los diarios de Copetín y Copetina, los amigos del balcón”. Aprendieron a distinguir las plumitas del copete del macho, la banda negra sobre la cara gris, que parecía un antifaz alargado sobre el ojo. Los niños pintaban el collar blanco en la garganta, que se continuaba como una banda de color castaño rojizo, como si fuera un pañuelo sobre la nuca.

—El pecho y la barriguita son como color ceniza clara, casi blanquito —decía Lina.

—A los lados también es como gris, pero más oscuro por encima, con manchas negras y las alas carmelitas —añadía César.

El artista tarareaba la canción del copetón que le habían enseñado los abuelos. Todo parecía ir muy bien, hasta que

llegaron los vientos de agosto, con una fuerza que nadie había imaginado, pues desbarataba las cometas, y en una fuerte borrasca arrastró al pajarito cuando iba hacia el nido casi al atardecer.

El viento se lo llevó muy, muy lejos, hasta las altas montañas, al reino de los helados páramos.

### DEL PÁRAMO A LOS CERROS

El ventarrón de agosto se llevó a Copetín por encima de Bogotá y lo levantó arriba de los cerros de Monserrate y Guadalupe hasta dejarlo abandonado en el páramo.

Estaba en un inmenso lugar silencioso, donde hacía mucho frío y había agua por todas partes. Aunque el copetón es muy buen aguantador del frío en las madrugadas bogotanas, sintió que estaba a punto de congelarse, así que empezó a pedir auxilio.

Afortunadamente llegaron tres compadres que vivían felices en ese lugar, quienes de inmediato le prestaron ayuda, al verlo tiritar emparamado.

—¡Yo... yo... meee... llaaamooo... Coopetín y veengoo de Booogooootáaa! —exclamó el Copetón todavía temblando de frío.

—Venga, vecino, lo invito a acurrucarse en mi tibio nido entre estas hojas peludas de frailejón que son abrigaditas y

permítame su educación me presento —así le dijo el barbudito de páramo, un pajarito de barba blanca, con una elegante cresta clara de plumas centrales de color verde iridiscente.

Le dijo que los campesinos también lo llamaban “chivito de páramo” y era un colibrí muy especial, porque, para poder vivir feliz, la Madre Tierra le había dado patitas largas, con uñas fuertes para percharse sobre las hojas gruesas. Además lo dotó de alas anchas para volar rápido, con plumas densas que lo protegían del frío y un pico corto para beber el néctar de las flores de los frailejones, los senecios, el zarcillejo moradito y otras flores del páramo.

—Encantado, don Copetín, soy de apelativo Semillero, para los amigos Semillerito Chisga, y me pongo enteramente a sus órdenes. Como puede ver, soy muy sencillo de plumas, pero amable de corazón.

Así se presentó un pajarito de pico amarillo, ancho y corto, de cabeza y nuca color gris con la coronilla un poco más oscura, el plumaje de la espalda era gris más oscuro, con líneas café grisáceo y alas de color café negruzco.

Atraído por el murmullo de la visita llegó también el colibrí paramuno, de bello plumaje color canela, y pico más bien corto. Era muy hermoso y decía con orgullo que también lo llamaban “esplendor de rayo de sol con alas color de cobre” y él mismo se sentía como un poema con alas.



—Yo también duermo entre las peludas hojas del frailejón y al llegar la noche me quedo dormidito para no sentir el frío, hasta que brille el sol y me caliente —le explicó a Copetín.

—Estoy muy agradecido con todos ustedes y no sé si se podrán imaginar el susto tan grande que tuve, pues iba tranquilamente para mi hogar y de pronto vino una ventisca que me dejó por aquí, solo y desorientado —explicó ya con menos frío.

El copetón tenía razón, pues la ciudad donde residía está ubicada a 2 625 metros sobre el nivel del mar y de pronto se lo llevó el viento y lo dejó caer en un páramo a 3 700 metros de altura donde reinan el agua helada y el frío extremo, pero esa era la casa donde estas aves vivían felices y agradecidas con la Madre Tierra.

—Ay, estimados amigos, no sé qué habría hecho sin su ayuda, o bueno, sí sé: habría quedado tieso como un bloque de hielo. Agradezco que me colaboren para volver a mi hogar, pues mi esposa, la Señora Copetina, debe de estar muy preocupada por mi ausencia

—Podemos buscar a doña Caica Paramuna, propuso el Barbudito, ella es diligente como una gallinita muy noble, que recorre las lagunas y los charcos escarbando con su largo y delgado pico en busca de bichitos.

—¿Será que necesitan mis servicios? —preguntó la Caica, que hacía rato estaba observando lo que pasaba, muy bien

escondida entre el follaje del páramo, disimulada por su plumaje color café oscuro con manchitas por encima.

Opinó que, para volver a la ciudad, al parque y a los antejardines donde vivía el copetón, necesitaban un personaje de alto vuelo, que conociera los caminos del viento para encontrar la ruta de regreso hasta los cerros de Monserrate y Guadalupe.

—Creo que el personaje más recomendable para ayudarnos es el águila de páramo, a quien podemos contactar de inmediato, pues con su tremenda vista ya debe estar enterada de esta reunión. Le haré una señal —dijo la Caica volando en círculo por unos instantes.

Casi enseguida, apreciaron cómo se dibujaba un pequeño punto en el cielo azul del páramo, que se desplazaba en círculos y crecía a medida que se acercaba, hasta que llegó a ellos. Era la hermosa águila de páramo.

Los pajaritos la contemplaron con gran respeto al descender agitando sus grandes alas y su cola negra en forma de cuña, con un borde blanco delgado en la punta. Se acercó imponente, con la mirada fija y penetrante de esos grandes ojos, que eran capaces de distinguir a doscientos metros de distancia el pelo de un curí agazapado en un pajonal.

—Buenas tardes, su sacarreál majestad —le dijo la Caica, consciente de que en Boyacá también la llamaban águila real.

La enorme ave se aproximó con pequeños saltos, y con cierto temor los pajaritos miraron el enorme pico y las patas amarillas con garras que de verdad daban escalofrío. Ella los miró con su porte de reina, la cabeza, el pecho y el dorso color negro pizarra y los hombros grises pálidos, con delicadas barras oscuras. Su atuendo de monarca se completaba con las plumas blancas del pecho y el vientre.

Los pajaritos del páramo le explicaron al águila la delicada situación del copetón, y ella, noble como la soberana de las alturas que era, se ofreció para llevarlo páramo abajo hasta donde empezaba el bosque andino.

—¿Estará listo el pasajero? —preguntó el águila con una voz extrañamente dulce para su aspecto de feroz ave rapaz.

—¡Sí, cómo no! —exclamó el pajarito copetón manifestando una cierta preocupación sobre la manera de viajar con semejante ave de presa.

—Irás seguro de la mano de la reina —se atrevieron a decir en coro el barbudito de páramo, el chivito y el semillero chisga, a lo cual el águila asintió con un movimiento de cabeza semejante a una venia y extendió una de sus patas abriendo la enorme garra.

—Ya puede subir el viajero —propuso la caica paramuna. El copetón salió del cómodo nido del chivito y se acomodó

con mucho cuidado en la poderosa garra, que se cerró con cuidado.

—Muchas gracias, queridos compadres, los llevaré en mi corazón de ahora en adelante y espero que algún día podamos volvernos a ver.

Los pájaros paramunos le desearon buen viaje y contemplaron cómo el águila real lanzaba un estridente grito de despedida y levantaba vuelo con fuertes aletazos. A medida que ascendía, dejaba abajo el fuerte olor a humedad permanente.

Como un navegante en una atalaya, el copetón miraba emocionado el paisaje que no había podido contemplar cuando el ventarrón lo arrebató de Bogotá. Con una curiosidad insaciable preguntaba al águila cómo se llamaban las hermosas plantas de hojas peludas y flores amarillas.

—¡Frailejones! —decía el águila, contándole que los había grandes y pequeños, altos como un ser humano y diminutos con hojas que parecían de plata y en las noches reflejaban la luz de la luna.

Le mostró desde lo alto las puyas, que parecían plantas del desierto con sus hojas puntudas y afiladas, los musgos que parecían esponjas que se llenaban de agua, y las plantas cojín de diminutas flores, que podían vivir más de cien años en el frío.

A medida que descendían del alto páramo empezaron a ver árboles de troncos retorcidos y hojas pequeñas muy bien

adaptados a las altas montañas, donde crecían despacio y tenían nombres que el copetón nunca había oído.

Así conoció los colorados de corteza roja y los encenillos, cubiertos de líquenes y musgos que parecían ancianos barbados. El rodamonte, como una casita de varios techos, el laurel de cera, con hojas brillantes impermeables al agua, y en el vuelo de descenso el águila le presentó el pino hayuelo y el pino colombiano, al que saludó como a un amigo conocido, pues en su parque los llamaban romerón.

—Bueno, mi estimado amigo, hemos llegado al bosque andino y hasta acá lo acompaño, porque ya estoy echando de menos los frailejonales de mi tierra, pero lo dejo en compañía de doña Penélope Montaña, la dicharachera pava andina.

El águila emitió un grito, que fue respondido por el alboroto estridente de varias pavas. Una de ellas recibió al pasajero, que ya se sintió en un ambiente más semejante al que había conocido toda su vida.

Empezaba una nueva aventura que lo acercaría sin duda al camino por donde podría encontrar su compañera.

## EN EL BOSQUE ANDINO

Cuando llegaron a los Cerros Orientales, el diminuto copetón estaba feliz, porque la silueta de las montañas le hizo comprender que estaba cerca de Bogotá. La pava Penélope de la

Montaña le pareció una especie de gigante de plumaje carmelito oscuro, con pequeñas manchas semejantes a escamas por encima. Pero sobre todo le llamó la atención su garganta pelada con una pequeña gola roja, que era semejante a una corbata de funcionario, como los que el pajarito veía salir cada mañana afanados hacia las oficinas.

Después de despedir al águila, doña Penélope y sus numerosas amigas, con sus gritos estridentes, armaron un alboroto por todo el bosque pidiendo ayuda para colaborarle al pajarito que quería retornar a su hogar.

—¡Convocamos a todos los amigos de pluma y buen corazón que quieran socorrer al necesitado, los esperamos en la siguiente dirección: raque con encenillo y mortiño, donde se cruzan el canelo con aliso y sietecuecos al lado del helecho palma!

El lugar era mágico, pues la humedad constante de la neblina había llenado de quiches, musgos, líquenes y orquídeas las ramas de los árboles.

De inmediato aparecieron tres pajaritos de plumaje azul grisáceo, cabecita negra y ojo blanco llamados los hemispingos, que se apodaban cabecinegros, ofreciendo sus servicios. También llegó otra ave gris, con cresta roja, la cotinga, acompañada del arrendajo andino, o cacique, por su pico de oro y sus plumas negras.



Se generó todo un debate acerca de cómo ayudar al copetón a regresar a su casa, hasta que el colibrí pico de espada dijo:

—Aquí lo que necesitan es un guía que conozca los caminos de Monserrate, para llevar al perdido hasta el Santuario del Señor Caído... Y como soy “valiente y pico”, pues soy el indicado —el colibrí mostró orgulloso su enorme pico, tan largo como su cuerpo, de tonalidades bronce, verdes y negruzcas.

Dijo que además iría acompañado de su diminuto secretario personal, el colibrí abeja o zumbador ventriblanco, que se apareció mostrando sus manchas blancas detrás de los ojos, la garganta entre rosado y púrpura brillante. Blanco por debajo y verde oscuro a los lados.

Los tres pajaritos partieron rumbo al cerro de Monserrate, donde, además de algunos bosques altoandinos, había plantaciones exóticas de pino y eucalipto.

Si los colibríes se devolvían, ¿quién podría ayudarle al copetón?

—No se preocupe, amigo, tenemos conocidos de plumas en todas partes, ya lo verá —dijo el colibrí espadachín.

Después de volar por entre el bosque andino, los pajaritos llegaron al santuario de Monserrate, donde el colibrí pico de espada localizó a una paloma doméstica, de nombre Zurita, cuyos antepasados provenían del sur de Europa y el norte de África.

Zurita era como una señora vestida de gris pálido, pero más oscura en la cabeza, con plumas de brillo morado y verde en el cuello y una mancha blanca en el pico. Ella y su familia vivían de las limosnas de comida que les daban los peregrinos, razón por la cual conocían a muchos habitantes de Bogotá. Cuando los colibríes le pidieron ayuda para guiar el copetón a la ciudad, Zurita tenía la respuesta:

—Mi prima torcaza es la perfecta para esa misión. Ya voy a buscarla —dijo y aleteó haciendo sonar las alas. Enseguida volvió con una palomita mediana, de pico negro y patas rojas, plumaje color café rojizo, que tenía dos manchas negras en las mejillas, con brillos azulados en la coronilla y rosados en la nuca brillante.

—Mucho gusto, don copetón, lo llevo hasta donde un amigo de vuelo largo que puede ayudarle a buscar su casa. Sígame, que el tiempo apremia.

Y despidiéndose de los colibríes, emprendieron vuelo sobre la gran ciudad de Bogotá.

## RUMBO A LOS HUMEDALES

La palomita torcaza llevó al copetón hasta el humedal La Conejera, donde le presentó al pato barraquete aliazul, un gran viajero que volaba desde el Canadá cuando empezaba el invierno en el Norte.

Le contó que los abuelos de sus abuelos mencionaban la leyenda que hablaba de inmensos humedales que prácticamente cubrían toda la sabana de Bogotá, pero la ciudad creció y apenas quedan un poco más de una docena, que se deben cuidar, pues son un gran reservorio de biodiversidad.

El pato le dijo, con gran tristeza, que con el crecimiento de la ciudad y la desaparición de los humedales, dos especies se extinguieron para siempre: el zambullidor de la sabana y el pato pico-de-oro.

—Pero no es momento de ponernos tristes, vamos a volar por la ciudad y preguntamos por su hogar. ¡Ánimo, copetón! —exclamó el pato que tenía una medialuna blanca en la cara y por eso le decían careto.

Pararon a preguntar de humedal en humedal interrogando a las tinguas, que aprendieron a vivir en sus pequeños refugios en medio de la ciudad.

—No, ala, estimado copetón, no tengo ni idea —dijo la tinguá bogotana, de plumaje gris, marrón a rayas y de pico y patas rojos—, pero preguntémosles a mis primas, que somos muy parecidas.

Así fueron entrevistando a la tinguá piquiamarilla, de color gris pizarra y negro; a la tinguá piquirroja y a la tinguá moteada, de patas verdosas, pico color verde lima y ojos rojos.



Pero nadie dio razón alguna, ni siquiera la hermosa tingua azul, de pico grueso rojo con punta amarilla y cola con plumas blancas.

El pato aliazul montó en su lomo al copetón y lo llevó nadando por entre los juncales de enea, la sombrillita, la flotante lenteja de agua, la cortadera y los esbeltos papiros, para entrevistar a otros habitantes del humedal.

El pato turrio, de cuerpo rojizo, pico azul y cara blanca, que hablaba como un cachaco, comentó que tampoco tenía la más remota idea.

—No he visto ese balcón con un nido —dijo el zambullidor hundiéndose rápido, porque nunca sale del agua y hace un nido flotante.

—La cosa parece delicada —dijo el pato migratorio—. Vamos a seguir buscando, preguntándoles a los pajaritos del humedal.

Siguieron nadando y le preguntaron al diminuto cucarachero de pantano o chirriador y a la monjita bogotana, de plumaje negro con capucha amarilla, que no sabía nada, pero prometió rezar por los copetones.

Con el doradito tropical tampoco tuvieron suerte y decidieron buscar a las garzas y le preguntaron al desgarbado guaco, a la blanca garcita del ganado y al coquito o ibis de cara roja, pero tampoco tuvieron suerte.



—Mi estimado amigo —dijo el pato careto—, por estos lados del agua no tenemos pistas, creo que es necesario pedirles a los amigos de alto vuelo que miren desde arriba la ciudad.

—Me parece muy bien, sí, señor —dijo el copetón sin perder la esperanza y el pato aliazul lo acercó a la orilla del humedal, de manera que el pajarito voló hasta las ramas de un sauce llorón que lo acompañó en su tristeza mientras llegaban otras aves convocadas por el careto.

Unos chillidos estridentes anunciaron la llegada de los mejores voladores.

¿Quiénes serían?

## EN LOS PARQUES URBANOS

¡Los chillidos eran de las aves rapaces que sobrevuelan Bogotá!

Ahí estaba suspendido en el aire aleteando el gavián bailarín o gavián del Espíritu Santo, blanco por debajo y gris por encima, ofreciendo sus servicios para encontrar el hogar del copetón.

Volando rapidísimo, como una flecha rojiza llegó el cernícalo, un pequeño halcón, dispuesto a explorar la ciudad.

Un águila pescadora, de plumaje marrón oscuro y cabeza blanca marcada por un antifaz negro, procedente de Norteamérica, se ofreció a colaborar haciendo una ronda por los alrededores de los humedales.

El sol empezaba a ocultarse y las aves rapaces hicieron un rápido vuelo de reconocimiento, pero sin resultados. El copetón estaba tan triste, que las aves lo notaron y le propusieron que pasara la noche en el sauce llorón, mientras convocaban a las rapaces nocturnas para continuar la búsqueda en la oscuridad, que para ellas es el día.

El copetón estaba inconsolable cuando aparecieron los búhos y la lechuza, los dueños de la noche. El búho campestre, o nuco, levantó su penacho de la frente, miró fijamente con sus ojos amarillos y dijo:

—Tranquilo, pajarito, que esta noche haremos una ronda con mis parientes, Asio, el búho orejudo, y Tyto, la lechuza común, de cara blanca en forma de corazón. También nos acompañará el pequeño guardacaminos andino, todos voladores de la oscuridad.

Con lágrimas en los ojos el copetón se quedó dormido. Algo secreto en su corazón le decía que al amanecer habría buenas noticias.

## EN EL JARDÍN BOTÁNICO

¡Los búhos, la lechuza y el guardacaminos traían buenas noticias!

Como tuvieron que irse a sus refugios antes de la salida del sol, encargaron al gallinazo entregar el mensaje. Lo escogieron

por ser el gran reciclador y por su capacidad de volar en círculos llevado por las corrientes de aire por encima de la ciudad.

—¡Venga, copetoncito, que el lugar donde su señora esposa lo está esperando es un paraíso en medio de Bogotá! —exclamó el chulo, como también lo llamaban, y alzó vuelo despacio para que el pajarito pudiera seguirlo.

Pues el gallinazo guio al pajarito hasta el Jardín Botánico José Celestino Mutis, donde lo estaba esperando el espíritu sonriente del sabio, acompañado de doña Copetina. Ella también se había ido a buscarlo por toda la ciudad y el atardecer la encontró en ese bello lugar, donde el Sabio Mutis le dio albergue y esperanzas de encontrar a su esposo.

La alegría fue inmensa y celebraron la reunión con una fiesta de árboles y pájaros por todo el Jardín Botánico. Volaron de las palmas de cera al nogal, de ahí al roble andino, pasaron al caucho sabanero, treparon en el magnolio y subieron al sangregado.

Allí llegaron el carbonero y el pinchaflores brillante, de plumaje negro, especialistas en beber el néctar de las flores, muy amigos del colibrí chillón, hermoso como una joya de verde brillante, violeta y azul iridiscente.

De la música se encargaron la mirla o sinsonte común, de plumaje amarillo pálido y hermoso canto, acompañada de su tocaya la mirla patiamarilla, vestida de gris oscuro, de pico, patas y ojos color naranja.

El cantante central fue el turpial de Baltimore, venido de Norteamérica, muy elegante vestido de amarillo y negro; el coro volaba desde el sauce al alcaparro y de ahí al falso pimiento, para saltar al sietecuecos y luego al yarumo blanco.

Los cantantes vestidos de rojo y negro eran el petirrojo, que trina cuatro notas que suenan *¡ti-ti-ri-bí!*, acompañado del cardenal pico de plata, muy orgulloso de su mandíbula blanca brillante.

Los de color amarillo brincaron a cantar en el jazmín del cabo y luego en los pinos —el ciprés y el romerón—, para seguir al sietecuecos. Ellos eran el canario coronado y el canario sabanero, también acompañados del bababuy o picogordo pechinegro, con intervenciones del travieso sirirí, a quien también llamaban tirano rey o paparote, porque molestaba a los demás.

La orquesta contó también con la percusión del pájaro carpintero habado, de lomo blanco con manchas negras y una linda corona roja. La animación estuvo a cargo de los alegres periquitos cascabelitos, de lindo color verde, que se han venido a vivir a Bogotá migrando desde tierra caliente.

Cuando el sol empezaba a descender, el sabio José Celestino Mutis llevó a los copetones a su nido, siguiendo la melodía de la canción de la infancia del artista.

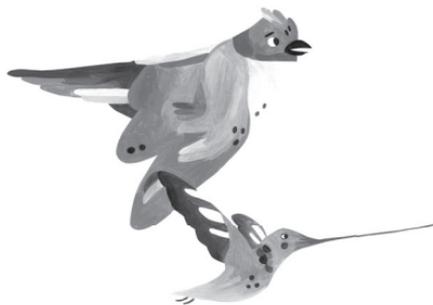
Lo que los copetones no supieron fue que, durante su ausencia del nido, vino un parásito chamón a poner su huevo y

a tratar de expulsar los de la copetona, para que ella empo-llara y criara su pichón.

Afortunadamente el artista y su familia se dieron cuenta de lo que habría sido un terrible engaño, y espantaron el chamón, pues muchas veces habían visto en el parque una diminuta pajarita criando un enorme pichón mucho más grande que ella.

## EPÍLOGO

El espíritu del Sabio Mutis pidió al artista y su familia que continuaran cuidando a los copetones, que durante este viaje habían conocido tantos amigos. Igualmente, les aconsejó sembrar plantas que con sus flores, frutos y semillas alimentaran las aves, quienes lo agradecerían con su canto cada mañana.









## JAIRO BUITRAGO

Nació en Bogotá y es escritor de libros para niños y niñas, además de ilustrador e investigador en literatura para la infancia. Se dedica a la creación de libros-álbum junto con ilustradores de diferentes países. Sus libros han sido traducidos al inglés, portugués, catalán, francés, chino, turco, japonés, coreano y sueco. Ha ganado los premios A La Orilla del viento (2007) con el libro *Camino a casa*, el Premio Hispanoamericano de Novela Infantil Castillo (2019) con *Al principio viajábamos solas*, el premio Antonio García Cubas al Mejor Libro Mexicano para Niños (2020) y fue nominado al Kirkus Prize en Estados Unidos en el 2019. Sus libros han sido seleccionados varias veces en la Lista de Honor IBBY y también obtuvo el Premio SER en Brasil, el White Ravens de la IBBY y el Premio ACLI en Colombia, entre otros.



## ADRIANA CARREÑO CASTILLO

Escritora y librera. Ha trabajado en proyectos de promoción de lectura y escritura vinculados a las bibliotecas públicas en distintos municipios del país. Ha publicado los libros *Una carta para Luciana* (novela ganadora del V Premio de Literatura Infantil Barco de Vapor-Biblioteca Luis Ángel Arango), *Historias que corren como ríos* (SM) y *Encuentro en la laguna* (Editorial Norma). Actualmente trabaja en un proyecto de lectura, escritura y oralidad en instituciones educativas de Sincelejo, ciudad donde reside.



## FRANCISCO MONTAÑA

Escritor para niños, niñas y jóvenes. Ha publicado *No comas renacuajos* (Babel, 2009), por el que recibió una nominación White Ravens de la IBBY, y *La muda* (Sudamericana, 2010), que fue seleccionado por el Banco del Libro en 2011. Es profesor del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional de Colombia, doctor en Estudios Hispánicos por la Universidad Sorbona y en Arte y Arquitectura por la Universidad Nacional de Colombia. Sus libros circulan en Colombia, México, Venezuela, Ecuador, Argentina y España, entre otros países.



## CATALINA NAVAS

Literata y maestra en Educación. Ha publicado *Camino de hielo* (Planeta Lector), *Correr la tierra* (Seix Barral) y *El movimiento en la crisálida* (Alfaguara). Está interesada en narrar historias familiares, migraciones y la vida privada de los osos. Trabaja como profesora de Escritura Creativa y es bibliotecaria en la Red Distrital de Bibliotecas Públicas de Bogotá.



## EDUARDO OTÁLORA MARULANDA

Estudió Filosofía en la Universidad Nacional de Colombia y luego cursó la maestría en Escrituras Creativas en esa misma universidad. En 2012 ganó el XX Premio de Novela Breve Juan March Cencillo con la novela *Madolia*, que fue publicada en 2013 por la editorial Pre-textos y traducida en 2015 al árabe. En 2017 publicó *Donde habitan las palabras* (Editorial Universidad del Cauca), su segunda novela. En 2018 fue finalista del premio de cuento La Cueva y en 2019 ganó el Premio Nacional de Novela Ciudad de Bogotá con *La hora gris*, editada en 2020 por el Fondo de Cultura Económica. Ese mismo año publicó el libro para niños *Mi primer Quijote*, en Planeta Lector. Actualmente es el encargado de los contenidos literarios en Radio Nacional de Colombia y es profesor en la maestría en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional.



## CELSO ROMÁN

Nació en Bogotá en 1947. Es médico veterinario y maestro en Bellas Artes. Ha publicado más de medio centenar de libros para niños y jóvenes y ha sido reconocido con numerosos galardones, entre estos el Enka de Literatura Infantil, el de la Asociación Colombiana para la Literatura Infantil, el Premio Latinoamericano de Literatura Infantil y Juvenil Norma-Fundalectura y, en México, el Premio Netzahualcóyotl de Literatura Latinoamericana para Niños. Asimismo ha sido elegido como Becario Fulbright y fue invitado al Taller Internacional de Escritores de la Universidad de Iowa. Su trayectoria le ha valido el nombramiento de Embajador Cultural de Colombia ante el Mundo.



## LORENA BAYONA

Ilustradora colombiana radicada en California (Estados Unidos). Luego de su paso por la publicidad, su amor por las historias despertó su interés en la ilustración, en la que trabaja sobre todo explorando técnicas tradicionales, como el gouache y el collage. Creció en Bogotá y ama estar en la naturaleza dando una caminata, plantando árboles, conociendo nuevos lugares o, en fin, aprovechando cualquier cosa que la mantenga en movimiento e inspirada.



## LEONARDO GÓMEZ

Diseñador gráfico y dibujante bogotano. Ha participado en diversas publicaciones independientes y desarrolla su trabajo principalmente con técnicas análogas, en especial el grafito. Le gusta verse inmerso en las creaciones que ejecuta, hacerse preguntas e intentar responder las cosas que le pasan a diario.



## JUAN CAMILO MAYORGA

Nació en Bogotá en 1988. Es diseñador gráfico de la Universidad Nacional de Colombia, y se enfocó principalmente en la ilustración y el arte. Vive actualmente en Zipaquirá, desde donde desarrolla su trabajo para diversos proyectos editoriales, como libros álbum, así como ilustra para revistas de Colombia, Latinoamérica y Europa.



## GABRIELA OTÁLORA

Estudió Diseño Gráfico en la Universidad Nacional de Colombia, con énfasis en Ilustración. Ganó la revisión de portafolios de Ilustración 2020 organizado por la Cámara Colombiana del Libro, Casatinta, ACLIJ y el Idartes. Su trabajo ha sido seleccionado en el catálogo Iberoamérica Ilustra y publicado en libros como *Cuentos de buenas noches para niñas rebeldes* y *Bogotá en 100 palabras*. Actualmente vive en Bogotá, ciudad en la que se aventura a salir con su perro a explorar nuevos paisajes.



## NATALIA ROJAS

Nació en Bogotá. Sus ilustraciones han aparecido en libros, revistas y piezas publicitarias. Asimismo, han hecho parte de diversos proyectos sociales. La inspiración para su trabajo proviene de su entorno, las calles, los colores y la naturaleza. Cuando no está dibujando, le gusta recorrer la ciudad en bicicleta.



## CLAUDIA RUEDA

Autora e ilustradora colombiana de más de treinta libros para niños, que han sido publicados en México, Colombia, España y Estados Unidos y que han sido traducidos a trece idiomas en Asia y Europa. Su trabajo ha recibido varios premios, entre estos el premio Nati per Leggere, el XIX Premio Internacional del Libro Ilustrado de México y la nominación a los premios Hans Christian Andersen y el Astrid Lindgren Memorial. Su obra ha sido incluida en la lista de los mejor vendidos del *New York Times* y en el Original Art Show de la Sociedad de Ilustradores de Nueva York. Estudió Derecho y Artes en Colombia y luego Ilustración de libros Infantiles en la Universidad de Berkeley (California). Posteriormente obtuvo una maestría en Escritura Creativa en la Universidad de Lesley en Cambridge (Massachussets).





## **Libro al Viento**

COLECCIÓN INICIAL / CAPITAL

Es de color verde y está destinada al público infantil y primeros lectores.

- |           |   |           |  |
|-----------|---|-----------|--|
| <b>3</b>  | <b>CUENTOS PARA SIEMPRE</b><br><i>Varios autores</i>                                | <b>47</b> | <b>ALICIA PARA NIÑOS</b><br><i>Lewis Carroll</i>                                   |
| <b>6</b>  | <b>CUENTOS DE ANIMALES</b><br><i>Rudyard Kipling</i>                                | <b>48</b> | <b>JUANITO Y LOS FRÍJOLES MÁGICOS</b><br><i>Joseph Jacobs</i>                      |
| <b>13</b> | <b>LOS CUENTOS</b><br><i>Rafael Pombo</i>   | <b>51</b> | <b>RIZOS DE ORO Y LOSTRES OSOS</b><br><i> cuento tradicional inglés</i>            |
| <b>17</b> | <b>LOS VESTIDOS DEL EMPERADOR Y OTROS CUENTOS</b><br><i>Hans Christian Andersen</i> | <b>55</b> | <b>PETER Y WENDY (PETER PAN)</b><br><i>James Matthew Barrie</i>                    |
| <b>36</b> | <b>PARA NIÑOS Y OTROS LECTORES</b><br><i>Alphonse Daudet</i>                        | <b>87</b> | <b>LAS AVENTURAS DE PINOCHO. HISTORIA DE UNA MARIONETA</b><br><i>Carlo Collodi</i> |
| <b>39</b> | <b>POESÍA PARA NIÑOS</b><br><i>Selección de Beatriz Elena Robledo</i>               |           |  |

- 94** FÁBULAS DE SAMANIEGO  
*Ilustradas por Olga Cuéllar*
- 95** COCOROBÉ: CANTOS Y  
ARRULLOS DEL PACÍFICO  
COLOMBIANO  
*Selección de Ana María Arango  
Ilustrados por Ivar Da Coll*
- 105** FÁBULAS DE LA FONTAINE  
*Ilustradas por Olga Cuéllar*
- 115** FÁBULAS DE IRIARTE  
*Ilustradas por Olga Cuéllar*
- 123** PIEL DE ASNO Y OTROS  
CUENTOS  
*Ilustrados por Eva Giraldo*
- 129** JUAN SÁBALO  
LEOPOLDO BERDELLA DE  
LA ESPRIELLA  
*Ilustrado por Eva Giraldo*
- 134** LA DICHA DE LA  
PALABRA DICHA  
*Nicolás Buenaventura  
Ilustrado por Geison Castañeda*
- 136** HIP, HIPOPÓTAMO  
VAGABUNDO  
*Rubén Vélez  
Ilustrado por Santiago Guevara*
- 140** FÁBULAS DE  
TAMALAMEQUE  
*Manuel Zapata Olivella  
Ilustradas por Rafael Yockteng*
- 143** NARICITA IMPERTINENTE  
Y LA CASA DEL PÁJARO  
CARPINTERO AMARILLO  
*Monteiro Lobato  
Ilustrados por Sindy Elefante*
- 147** TRECE RELATOS NÓRDICOS  
*Varios autores  
Ilustrados por Mónica Peña,  
Andrés Rodríguez, Amalia  
Satizábal, Alejandro Uscátegui y  
Ingrid Vang Nyman*
- 152** PACOYUNQUE  
*César Vallejo  
Ilustrado por Alicia Garavito*

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código e ingresa a la biblioteca digital, donde tendrás a disposición más de 90 de nuestros títulos.



URAPÁN



*Bogotá contada para niñas y niños* fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número 163.